

"Vestimos al deseo de nombres propios y lo llamamos amor" Carlos Aguilar Camín.
Deseo, pulsión, amor, narcisismo, sexo, semblante, verdad, vestimenta, velo, el loro de Picasso, signo de amor, cambio de discurso, demanda.
Todos a un tiempo. Todos en desorden. Todos en orden. Cambalache.
Tome una prenda, una historia y venga a contarla.
Hablabremos de amor y sexo.

Los participantes presentarán una historia junto a otro que haya leído previamente el trabajo para realizar una breve puntuación con el fin de orientar el debate.

Fecha: Sábado 4 de noviembre de 2017 | Horario: 9:45 a 18:30 hs.

Dirección: Avda. Callao 194 Piso 2 Depto. 5

Arancel: \$ 150 | Sin inscripción previa

PROGRAMA

9:45 APERTURA

10:15 "Monogamia" Elisa Ponieman - Patricia Ramos

10:45 "Memorias de una Pulga" Viviana Berarducci - Beatriz Tarsia

11:15 "La decepción de Nietzsche" Héctor Pelletier - Ana Paula Cabaleiro

11:45 "Escrito en el cuerpo" Diego Mac Gregor - Enrique Millán

12:15 "Nada del amor me produce envidia" Milagros Vidal - Andrea Goldenberg

12:45 "Guitarra, dímelo tú" Clara Roitberg - Silvia Lederman

13:15 ALMUERZO

14:15 "Castillos de cartón" Beatriz Tarsia - Enrique Millán

14:45 "Felicidad clandestina" Mirta Garibotti - Viviana Berarducci

15:15 "El amor es el motor del mundo" Miriam Bruk - Regina Poyastro

15:45 "Fogata de almejas crujiendo con peces" Olga Tallone - Silvina Espósito

16:15 RECESO

16:30 "El amor... entre fuegos de artificio" Natalia Schaposnik - Milagros Vidal

17:00 "Negada al amor" Victoria Vilas - Andrea Goldenberg

17:30 "El elixir del amor" Enrique Millán - Laura Gurovich

Monogamia

Elisa Ponieman

Claudia vino a consultar hace varios años, tenía 29 años.

Lo que la había traído, había sido una pregunta sobre su vida, que persistía a lo largo del tiempo.

Vivía con su marido y su hija de un año, se sentía bien con ellos. Traía distintas cuestiones a las sesiones que se iban trabajando, en relación a amigos, así como también algunas cuestiones de salud de su papá cuando ella había tenido 12 ó 13 años, que marcaron bastante su adolescencia, que la habían angustiado mucho y se le aparecían con mucha actualidad.

Creo que su principal pregunta tenía que ver con lo siguiente:

A los 21 años conoció, promediando la cursada de la facultad de derecho, a Ezequiel. La relación era muy buena, compartían muchos intereses, al poco tiempo se pusieron de novios. La vida sexual no la impactaba como sí la había impactado en cuanto a alguna cosa y frecuencia, alguna historia anterior, pero era buena. Compartían muchas instancias de la vida, afectivas, de vida cotidiana, ideológicas, de valores. Se fueron a vivir juntos ya antes de recibirse.

Al poco de recibirse comienza a trabajar en un estudio, del que a veces traía al relato cuestiones laborales que se le presentaban.

Lo que le ocurrió fue que al poco de comenzar a trabajar allí, comenzó a trabajar también Leandro, con el que se daba cierta atracción. Había dudado en si darle curso a lo que sentía hasta que un día fueron a la casa de él. Lo que más señala de esa relación que duró bastante, fue que se daba una práctica sexual que le hacía sentir, conocer, cosas de ella, que no habían aparecido antes. Estos aspectos que iban apareciendo se iban ligando en su decir, con otros aspectos desconocidos.

Cuando con su pareja deciden tener un hijo, ya dejó de encontrarse con este compañero de trabajo, y al retomar los encuentros al año de nacer su hija, estos duraron poco tiempo porque le surgió un poco la duda, de si ese vínculo no la podía perjudicar en el trabajo. Hasta el momento nadie había notado nada pero le parecía que hacía un esfuerzo para eso.

En el curso de reflexionar acerca de esa historia con Leandro, le pareció mejor dejarlo. Le alivió dejar de hacer ese esfuerzo.

Al tiempo conoció un compañero del gimnasio con quien empezaron a verse. Le llamaba la atención que volviera a pasarle algo similar. Allí el tema sexual en sí mismo, pasó a tener menos presencia que en los relatos anteriores, y hablaba más de la relación. El análisis prosiguió un tiempo más y concluyó.

El punto que quería traer al ateneo era una ocurrencia que tuve. Esta fue cuando está decidiendo dejar de verse con el compañero de trabajo.

Cuando se da cuenta de que la relación se había hecho algo menos importante y decide no proseguirla, advierte que venía siendo un esfuerzo el encontrarse.

En ese momento en que habían aparecido esas cosas de ella, y emerge luego un esfuerzo que describía lo que venía ocurriendo ya al final de la relación, lo registré como algo que caía efecto del análisis. Tuve también una fugaz ocurrencia, que no adquirió mucha forma. Una especie de ¿Ok?

Tratando de describir mi “ok”, diría: “está bueno que le pase esto”.

La pregunta que mencionaba de la analizante, se perfilaba así: “Creo que prosigo la relación –en ese momento con Leandro- porque me hace bien, y veo que a su vez, mejora la relación con mi Ezequiel, ahora bien: ¿qué pasaría si en algún momento Ezequiel se entera? Le afectaría un montón y lo amo. Además de que no sé si podría continuar lo hermoso de la relación que tenemos, no me gustaría que sufriera por esto que para mí está bueno. ¿Estoy desatendiendo la importancia de esta parte?

Cuando ella decide dejar de hacer lo que había empezado a ser un esfuerzo, la ocurrencia mía de “ok”, por un instante ayudaba a responder esa pregunta que tuvo una presencia importante a lo largo del análisis.

Pero creo que en mi ocurrencia –Ok- contestaba –quizás, no lo sé, porque fue muy fugaz- *también*, una pregunta *mía* en relación a su situación.

Como si por un momento, hubiera pensado que era mejor para ella que hubiera *una* persona en quien se le enlazara su amor y su deseo.

En la misma línea, también estaría la pregunta: ¿El análisis debe transcurrir necesariamente con un solo analista?

Lo que me llamó la atención de mi ocurrencia en relación a la monogamia, quedó en remojo hasta que años después me encontré leyendo un comentario de Juan Carlos Piegari, en Efectos Etnocéntricos, hecho a partir de *Moisés y la religión monoteísta*, de si

con la aparición del monoteísmo, la humanidad habría dado o no, un gran paso hacia la espiritualidad.

Esto me llevó a leer el *Moisés y la religión monoteísta*, y allí, me pareció entender que Freud va y viene con la valoración del monoteísmo.

Compara el monoteísmo con el politeísmo, considerándolo más elevado, de mayor nivel espiritual que la religión politeísta, que estaría muy próxima a fases primitivas¹.

También dice que con la fe en un dios único nació inevitablemente, la intolerancia religiosa², o como algo que se espeja en la religión del imperialismo³.

Es decir, va habiendo un vaivén en el que lo considera un **progreso**, una idea con mérito, de hecho, lo compara con la teoría de Darwin, y va señalando algunas cosas no tan buenas del mismo.

Pero me quedaron resonando esas ideas, hablando del monoteísmo, de progreso, **de mayor nivel espiritual que el politeísmo**, o por lo menos de algún politeísmo que conocía él.

Podría en relación este tema tomar seguramente cualquier pueblo precolombino, donde el monoteísmo no abunda, cuyos dioses no reclaman fidelidad ni exclusividad.

Dada la coyuntura actual, prefería sumergirme en las creencias del pueblo mapuche. Esto tiene sus vericuetos, porque sus tradiciones eran más bien orales hasta la llegada de los españoles.

Sus creencias religiosas se fundamentan sobre todo en el culto a los espíritus de los antepasados, ya sea míticos o reales, y a espíritus de y/o elementos de la naturaleza.

Estos espíritus no corresponden a “divinidades”, como comúnmente se entiende en el mundo occidental. Tampoco hay en la religiosidad mapuche más antigua, un espíritu principal que sea considerado “Dios” supremo, creador del universo y del hombre.

Hay una palabra “[Ngenechén](#)” generalmente viene traducida como “Dios”. Esta relación Dios-Ngenechén se trataría de una equivalencia forzosa, creada por los jesuitas en su afán misionero en los siglos XVII y XVIII.

La cosmovisión en el pensamiento religioso mapuche, reparte espacios:

-Arriba, donde están los antepasados, que es invisible

¹ Moisés y la religión monoteísta. Amorrortu editores. Tomo XXIII. Pág.19

² Id. Pág. 20.

³ Id. Pág. 20

- la tierra central, que es la tierra en la que andamos, que es el espacio visible, la naturaleza

-la tierra de abajo, donde está el mal

Hay también un reparto del espacio en el territorio por lo cual inclusive lo sagrado se juega en la **naturaleza misma** y es por eso que la religiosidad no se expresa con templos u otro tipo de construcciones. Al contrario, se traduce en un íntimo contacto con la naturaleza.

Tomé los mapuches al azar y por ser una preocupación actual, pero como decía, podría tomar cantidad de pueblos precolombinos, así como creencias de la Grecia antigua.

Me interesó conectar esa ocurrencia que tuve, en mi escucha de relación a la **“vuelta a la monogamia”** de esta analizante, **y me preguntaba si había allí alguna resonancia de una indeseada valoración del monoteísmo.**

Luego del recorrido por el Moisés noté que en esa ocurrencia estaban condensadas dos cosas que a su vez son diferentes:

-La monogamia y la eventual resonancia de una indeseada valoración del monoteísmo.

-El valor de la articulación del deseo y del amor en una persona.

Que a alguien podría articularse en en una persona o más a la vez, por eso serían dos cosas.

Puntuación del texto “Monogamia” (E. Ponieman)

Patricia Ramos

- Hace pocos días, le pregunto a Elisa si quiere que le adelante lo que voy a decir...o no. Me contesta que cuando tiene **confianza**, prefiere la **sorpresa**. Más allá del obvio agradecimiento a su confianza, lo incluyo porque entiendo que “entre” el texto de Elisa y éste, se produce algo que sintoniza con ambos contenidos (me refiero a la confianza y a la sorpresa).

- Lo que me parece central de subrayar de su texto para abrir a una conversación sería esto: **¿Cuál es el valor de una ocurrencia del analista acerca del análisis de su paciente?** ¿Qué lugar darle? ¿Se trata de una resistencia, un pensamiento de la persona del analista? ¿Contratransferencia? ¿Se trata de algo a leer en ese análisis? De ser así, ¿cuándo? ¿Se puede afirmar algo general al respecto? ¿Es el analista un Dios

monoteísta celoso que valora mucho sus ocurrencias? ¿Hay que decírselas o no?; ¿Es algo distinto a una ocurrencia del analizante?; ¿En qué se diferencian?; etc. Quiero decir que podríamos agregar más preguntas.

- Además de lo anterior, en este texto, resulta muy tentador interrogarse al respecto debido al contenido de la ocurrencia en el devenir de una temática - en el análisis de Claudia- muy cara al análisis de las mujeres (La escisión mujer/madre) y de cualquier sujeto (la articulación del deseo y el amor sobre un mismo objeto).

- Ese OK, la ocurrencia... ¿Es un acuerdo? ¿Es una afirmación? ¿Es ok a qué? Si seguimos el texto... ¿A la monogamia?; ¿A soltar el **esfuerzo**?; ¿A finalizar este análisis? A: ya se enteró/**descubrimiento** de la **novedad/sorpresa** acerca de su sexualidad /goce fantasmático/ su “sagrado”, etc. ¿Listo? ¿A que está bueno que confluya amor y deseo sobre una sola persona?

- En cualquier caso, esa ocurrencia irrumpe como una sorpresa, en el marco de la confianza (transferencia) de un análisis.

- ¿La posición del analista, es monoteísta o politeísta? ¿Es Atea? ¿Y lo sagrado? ¿Hay una indeseada valoración del monoteísmo que se nos puede pasar inadvertida? De ser así, ¿no nos podría llevar a una sobrevaloración del matrimonio, la propiedad privada, la intolerancia y el Imperialismo/ neoliberalismo, etc.?

- Es un texto muy rico que nos permitiría abrir muchas preguntas más, pero para concluir diría que si la temporalidad de un análisis implica que hay un solo sujeto, un solo inconsciente, entonces, una ocurrencia del analista - así como está trabajada en el texto de Elisa, como una sorpresa, sin demasiada forma, fugaz- tiene el valor de un elemento más del análisis. **Es un producto de ese análisis**. Coincida o no con las valoraciones personales del analista. Ese OK es la respuesta del análisis, a través de la ocurrencia de la analista, a esa pregunta de la analizante que, se testimonia, “tuvo una presencia importante a lo largo del análisis”.

Memorias de una pulga (novela erótica anónima – 1981)

Viviana Berarducci

Nací, no sé cómo, cuándo ni dónde. He adquirido la erudición, la observación y la facultad de recordar hechos de los cuales fui testigo y partícipe.

No soy una pulga común. Si bien vivo chupando sangre, lo hago con un esmero y cuidado que no es habitual en la fraternidad insectil.

Mis primeros recuerdos se remontan al momento en que estaba en una iglesia ocupada en la pierna de una damita de unos dieciséis años, cuya deliciosa sangre aún tengo presente. Poco después de empezar mi tarea, la joven que estaba con su tía, se levantó con el resto de los fieles y decidí acompañarla. Al pasar por el pórtico, vi que un joven caballero le entregaba un papelito y observé que en el exterior de la nota estaba escrito el mismo nombre que estaba bordado en su suave media. Se llamaba “Bella”.

Bella era bella. Tenía una figura perfecta, su rostro era encantador, su piel suave como terciopelo, su tierno busto empezaba a alcanzar esas proporciones que tanto deleitan al sexo masculino. Al llegar a su casa leyó la nota que decía: - Estaré en el lugar de siempre, esta noche a las ocho -.

Bella caviló un rato, se vistió con esmero, se dirigió al lugar indicado y esperó la llegada del muchacho, sentada en un banco. En pocos minutos, se presentó el joven y en breve, ambos estaban estrechamente entrelazados, ajenos a todo, excepto a su propia felicidad.

- No sabes cómo te amo, Bella - susurró el joven, besándola tiernamente en sus labios.

-Claro que lo sé, me lo dices siempre- replicó Bella.

- Pronto me cansaré de oírlo; ¿cuándo vas a explicarme aquellas cosas de las que me hablaste?-.

-Ahora, querida Bella. Tú sabes que ya no somos niños, ¿verdad?.Hay cosas que los niños no saben y que los amantes, no sólo deben saber sino también poner en práctica. Hay secretos que hacen felices a los amantes y constituyen el gozo de amar y ser amado-

.

-¡Qué sentimental te has vuelto Charlie!, exclamó Bella, -recuerdo cuando decías que el amor era un “completo embuste” -.

- Así lo pensaba hasta que me enamoré de ti - replicó el joven.

- Sandeces - continuó Bella, -adelante Charlie, cuéntame lo que me prometiste-.

-No puedo contártelo sin hacerte una demostración-.

-¡Ah!, entonces hazme una demostración - exclamó la muchacha, en cuyos ojos brillantes y mejillas encendidas me pareció detectar que sabía muy bien qué clase de instrucción estaba a punto de recibir.

Comenzaron los besos, caricias, jugueteos a los que Bella devolvió a su amante con vehemencia. Charlie avanzó un poco más y la damita, lejos de rehusarse, disfrutaba con el excitante toqueteo.

Bella vio por primera vez en su vida el miembro de un hombre en toda la plenitud de su fuerza y aunque no era un ejemplar formidable, infundió en la joven el deseo de averiguar más. Charlie se abalanzó sobre la muchacha, quien sintió también por primera vez el roce mágico del miembro entre los pliegues rosados y su minúsculo orificio.

El himen era fuerte y el joven logró atravesarlo con un embate desesperado. El delicioso contacto le dio coraje a Bella para soportar el dolor, con la esperanza del alivio que estaba en camino.

Se ha dicho que “el que más cuesta es el primer polvo”, pero ninguno de los dos amantes pensó en eso, sino que se unieron para hacer aquellos movimientos que culminarían en el éxtasis. Entre gemidos de deleite y gritos de placer, Bella primero y Charlie después, llegaron al éxtasis de la unión carnal.

Esos gritos fueron la señal para una interrupción inesperada. De entre los arbustos apareció una figura sombría que se plantó ante la pareja. El horror les heló la sangre.

-¡Chico impúdico!, ¿qué has hecho?, ¿cómo vas a enfrentarte a la ira de tu padre, cuando en el ejercicio de mi obligación le cuente la ofensa causada por su único hijo?-.

Era un hombre de unos cuarenta y cinco años, recio, de rostro agraciado que vestía un hábito religioso.

-¡Y tú, miserable muchacha, descuidando los preceptos de la Santa Madre Iglesia, has permitido que este malvado recoja la fruta prohibida! ¿Qué será de ti?. Expulsada de la casa de tu tío, te reunirás con las bestias del campo que huirán de ti como de la peste.

Bella, que estaba acurrucada, se levantó, se lanzó a sus pies y sumó lágrimas y oraciones de arrepentimiento a las de su joven amante.

- ¡Ya es suficiente!- dijo el sacerdote- , necesito tiempo para invocar la ayuda de la Santa Virgen-

- ¡Bella!, acude mañana a la sacristía y te revelaré la voluntad divina en relación tu trasgresión.

-En cuanto a ti, joven temerario, te espero pasado mañana-

De los penitentes brotaron al unísono frases de agradecimiento cuando el padre les indicó que se marcharan.

-Vuestro secreto está seguro conmigo-, dijo esto y se marchó.

Al día siguiente, Bella fue a la sacristía. El padre Ambrose, fue el primero en romper el silencio.

-He pensado y rezado mucho por ti, hija mía, y ahora te comunicaré el medio que me ha inspirado la Santísima Virgen y por el cual no revelaré tu secreto a tu severo tío del cual dependes -.

-Hay almas solícitas que han tomado sobre sí la tarea de aliviar las pasiones que los ministros de la Iglesia tiene prohibido confesar abiertamente pero que necesitan satisfacer. Estas pocas personas son elegidas entre quienes recorrieron el desenfreno carnal, a ellas se les confía el Sagrado Deber de mitigar los deseos terrenales de nuestra comunidad religiosa en el más estricto secreto. A ti, que has probado el placer supremo de la cópula, te compete asumir este deber. Así, no sólo quedará perdonado tu pecado, sino que te será permitido disfrutar legítimamente de los goces del éxtasis, que en los brazos de sus fieles ministros hallarás en todo momento. Se te dará la absolución cada vez que entregues tu cuerpo al deleite de la Iglesia a través de sus ministros -.

En cuanto a Bella, ¿cómo iba a titubear?

El piadoso Ambrose atrajo a la dócil muchacha hacia sí y estampó un largo y cálido beso en sus labios, mientras los instintos sexuales de Bella se caldeaban y más aún cuando reparó en la enorme protuberancia que sobresalía en la sotana del sacerdote. La lascivia apasionada del pío eclesiástico lo llevó a traspasar cualquier límite y Bella cayó presa de una excitación furibunda.

-¡Virgen Santa!- murmuró Bella,- ¿quién iba a creer que me elegirían para semejante placer?- . Sin demora el fraile colocó a la joven sobre el asiento acolchado. La joven era suya al fin y se dispuso a deleitarse con la posesión de los atractivos de Bella hasta apaciguar su lascivia, realizando el acto venéreo repetidamente y sin apenas tregua y provocando en la muchacha intensas sensaciones de placer producidas por la vigorosa verga del eclesiástico. Entre exclamaciones histéricas y entrecortadas alcanzaron la dicha del paraíso.

Después de estas experiencias noté cambios en todo el ser de Bella, que eran manifiestos en su porte y en su conducta.

Nunca supe qué se hizo de su joven amante, pero tengo motivos para creer que el padre Ambrose, no era ajeno a esas tendencias irregulares que tanto se atribuyen a su orden y

que al joven se le indujo poco a poco a prestarse a la gratificación de los insensatos deseos del sacerdote.

Después de varios días, Bella visitó otra vez a su clerical admirador. Al instante los dos se vieron sumidos en un coito santificados. Apenas producida la poderosa descarga del padre Ambrose, cuando se abrió la puerta que daba a la iglesia y aparecieron dos sacerdotes más: el Superior y el pelirrojo padre Clement.

-¡Ambrose!- exclamó el Superior, esto va contra nuestras normas que estipulan que todo juego de esta índole debe practicarse en común.

-¡Tómenla entonces! – rezongó Ambrose, iba a ponerles al tanto de lo que había conseguido.

- No tienes por qué asustarte, querida, sólo te trataremos de igual modo-, expresó el Superior.

Bella recordó las condiciones en las que se le había concedido el consuelo de la Iglesia y no opuso resistencia. La damita se halló entre dos fuegos con vergas enormes. Primero el Superior (por su rango) y luego el padre Clement despertaron en Bella las emociones más procaces y se aliviaron de sus deseos terrenales poseyendo su bello cuerpo.

Bella se desmayó, pero en cuestión de unos minutos y bajo el potente influjo de un exquisito vino recobró sus fuerzas. Los tres sacerdotes, al ver recobrada a la muchacha desearon disfrutar más de su persona.

-¡Cojamos!- propuso el Superior.

-¡Amén!- dijo Ambrose.

Se sucedieron felatios a uno y otro fraile, coitos por delante, por detrás, de a uno, de a dos, fluídos a borbotones y mezclados que estaban a punto de ahogarme en un torrente espeso. El trío sació su lujuria, mientras Bella alcanzaba los goces del éxtasis prometido.

Era evidente que el padre Ambrose estaba molesto con la participación de sus compañeros en el disfrute de su reciente adquisición. De manera que tramó un osado y maligno plan para frustrar su interferencia y asimismo quedar libre de culpa.

Ambrose hizo una visita al tío de Bella (Mr. Verbouc) y le contó cómo había descubierto a su sobrina y a Charlie en pleno acto sexual. Los dos se entendían muy bien. Ambrose sabía que el tío le había echado el ojo a su sobrina y Mr. Verbouc conocía la auténtica vida del sacerdote.

Ambrose le dio a entender que había llegado su oportunidad y que ambos saldrían ganando si compartían su presa.

Por otra parte Ambrose, previniendo a Bella que no dijera nada de su relación con él, le informó que su tío había descubierto sus amoríos con Charlie y que el modo más seguro de evitar su profunda ira era mostrarse obediente a todo lo que él requiriera.

Mr. Verbouc expuso a su sobrina el propósito que había concebido: disfrutar él mismo de ella, como ya lo había hecho su joven compañero con su consentimiento. Se buscó la intimidad necesaria, pues la tía de Bella estaba enferma y vivía recluida en su habitación.

No fue fácil que el tío se saliera con la suya, ya que Bella perpleja, muda de asombro y repugnancia opuso suma resistencia. Pero con la ayuda del padre Ambrose, que la sostenía, el tío llevó a cabo el incestuoso drama. Luego, una y otra vez disfrutaron los dos canallas de su joven víctima, quien a su vez manifestó a la par su dolor y su placer.

-Me pregunto...- dijo Mr. Verbouc, tras recuperar el aliento y refrescarse con un trago de vino - ¿cómo es que esta querida niña me inspira un arrobamiento tan arrollador? En sus brazos me olvido de mí mismo y de todo el mundo.

-Creo que yo le podría decir el motivo- dijo Ambrose sentenciosamente.

-¿Por qué un hombre comete una violación cuando está rodeado de hermosas mujeres dispuestas a que hagan uso de su cuerpo? Simplemente porque no se contenta con estar de acuerdo con ella y precisamente en la resistencia de ésta radica su placer, aún cuando existen otros medios de satisfacción evidentes e incluso legales.

- ¿Cuál es el motivo de que un hombre vigoroso y capaz de saciarse con una mujer desarrollada prefiera a una jovencita inmadura? Porque esa disparidad le produce placer, es la imaginación la que trabaja. La ley del contraste rige en esto como en todo lo demás. La mera distinción de los sexos no es en sí suficiente para el hombre voluptuoso y cultivado, se necesitan contrastes más acusados. Nadie copula indiscriminadamente con el sexo opuesto.

Yo noté que después de estos hechos se había producido una innovación en Bella, que no le preocupó, ni se interesó en analizar. La pasión se había impuesto en su carácter, había despertado en ella intensas emociones sexuales y también habían sido aplacadas. Joven e infantil hasta hace poco se había convertido en una mujer de una lujuria incontenible, vivía ahora para los deleites del goce sexual.

Al cabo de un tiempo su tío falleció y su viuda empezó a tener síntomas de demencia y fue ingresada a un asilo. Bella, al quedar sin tutores, tomó los consejos de su confesor Ambrose y consintió en tomar los hábitos. Fue recibida en los brazos de la Santa Madre Iglesia cuando pasó el noviciado. Terminada la ceremonia fue transferida a un seminario,

donde la esperaban unos cuantos sacerdotes que gozaron de sus encantos a más no poder.

Que sea lo que Dios quiera. Tras haber visto más que suficiente los detalles de estas orgías eclesiásticas: emigré.

Puntuación del texto Memorias de una Pulga

Beatriz Tarsia

Algunos temas que me interesa remarcar en relación al texto que trajo Viviana:

- La relación entre la realidad y la fantasía.
- Las fantasías sexuales, su dimensión imaginaria y lo que éstas aportan a la escena sexual. Esta dimensión imaginaria, escénica, entendida como necesaria para que se jueguen las operaciones lógicas que Lacan escribe para el fantasma entre el S y el a : (inclusión, exclusión, unión, separación).
- La importancia de indagar acerca de las fantasías sexuales en los análisis y recordar que **el análisis de la fantasía como sostén del síntoma es lo que distingue la práctica analítica de cualquier "psicoterapia"**.

La decepción de Nietzsche

Héctor Pelletier

Ana Paula Cabaleiro

Pero – insistió Breuer- ¿habló ella alguna vez de Orta? ¿Para ella también fue un momento sagrado?

¡Sabía lo que era Orta!- enfatizó el filósofo.

-Convencida de que yo tenía que saberlo todo sobre la relación que había mantenido con usted. Lou Salomé se esforzó por describirme cada uno de los encuentros. Prosiguió Breuer...Orta... solo lo mencionó de paso. No le causó ninguna impresión especial.

Nietzsche guardó silencio. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

-Cuando yo destierre a Lou Salomé de mi mente... ¿sabe que quedará? nada

Esta es la escena final del libro de Irvin Yalom "El día que Nietzsche lloró". En esa despedida el doctor Breuer le confiesa cual fue el engaño de la terapia del habla, que supuestamente, el filósofo alemán le aplicaba al doctor. El deshollinar de Nietzsche, luego que Breuer hubiese deshollinado su problema existencial.

La novela es una ficción que se sitúa a finales de 1882, entre noviembre y diciembre, y está ambientada en Viena en una sociedad muy estructurada. Una joven, Lou Salomé lleva a cabo una cita con Josef Breuer, un célebre médico vienés, con el objetivo de lograr que un anónimo filósofo alemán, llamado Friedrich Nietzsche, conozca al doctor para que éste, de una forma sigilosa y sin que Nietzsche se dé cuenta, lo ayude no solo físicamente sino psicológicamente puesto que el desdichado filósofo posee, además de graves dolencias físicas, tendencias suicidas y ataques de ira que se manifiesta en las cartas agresivas a Salomé.

“Que yo sufría carece mucho de importancia comparado con el problema de que no seas capaz, mi querida Lou, de encontrarte a ti misma. Nunca he conocido a una persona más pobre que tu:

Ignorante pero con mucho ingenio

Capaz de aprovechar al máximo lo que conoce

Sin gusto, pero ignorante de esa carencia”

Breuer, influido por la tenacidad de la joven e impactado por el ímpetu de su carácter acepta el desafío que la joven desconocida le propone y tratar de ayudar a este "don nadie" que supuestamente tiene mucha inteligencia, sin que él lo note. Recibirá la

colaboración de un joven íntimo amigo, Sigmund Freud, ambos van descubriendo los conceptos que luego servirían para fundar una cura a través de la palabra, el psicoanálisis.

Friedrich y Lou

El primer encuentro del Dr. Breuer con la joven rusa se da en Venecia. El segundo encuentro entre los dos será en el consultorio de él en Viena. Ella relata su relación con Nietzsche

“Salí de Rusia el año pasado a causa de mi salud, una dolencia respiratoria... primero viví en Zúrich estudié teología con Bierderman. También trabajé con Kinkel, él me dio carta de recomendación para Maldivia Von Meysenbug... en el salón literario de ella conocí a Paul Rée... Pronto se me ocurrió que si él y Nietzsche eran amigos. Nietzsche y yo también podríamos serlo"... “Paul quería que me convirtiera en discípula, protegida y apéndice de Nietzsche, mi sacerdote laico"... Con Nietzsche “establecimos una relación mental perfecta: dijo que teníamos cerebros gemelos... Paul, Nietzsche y yo no tardamos en decidir que conviviríamos en un ménage á trois... si sé que el mundo no sonríe ante dos hombres y una mujer que viven juntos castamente”. La joven rusa aclaró que solo se vieron cuatro veces casi siempre en compañía además de Paul, de la madre de Paul o la madre de ella o la hermana de Nietzsche. Posteriormente cuenta como el filósofo alemán cuestiona dicha idea y manda a su amigo a pedir la mano de la joven, “no niego... que me sintiera atraída por él (Nietzsche) pero no en términos románticos” comenta que en Orta, él se arrepiente y posteriormente se fotografían en Lucerna para sellar la trinidad intelectual: es una imagen con ella en un carro empuñando un látigo, con dos hombres delante del carro. Luego se separan y el filósofo le escribe unas palabras de amor. Breuer pensó luego de leer la carta “amar un alma plena y osada... todos necesitamos eso”

Paul también se enamora de la poeta rusa, con lo cual la trinidad filosófica se rompe y comienzan a pelear. Nietzsche comienza escribirle a Lou cartas de odio transformando ese amor en odio. El primer diagnóstico de Breuer y Freud es mal de amores, lo que provoca las intensas jaquecas que obligan a Nietzsche a recluirse.

Más adelante el filósofo alemán va a la consulta, luego del análisis de Breuer, este concluye que las jaquecas son presiones “soy mi enfermedad y mi cuerpo pero ellos no son yo” le aclara el filósofo. Para luego del análisis repetirá, aceptar la jaquecas por la tensión es para enfrentar el lado oscuro de la existencia. Descarta el tratamiento. Pero la historia sigue en el hotel donde se hospeda no aguanta el dolor de sus jaquecas toma

más medicina que la que debe provocando casi un suicidio. El doctor vienes lo asiste e invita al filósofo a quedarse en una clínica a cambio de orientación filosófica para ayudar al vienes con un problema que él tiene. Una vez curado el problema del médico, este le confiesa la visita de Lou Salomé.

“Una vez en lago Orta...ella y yo subimos hasta la cima del monte Sacro...nos tocamos con dulzura, nos besamos. Compartimos un momento sagrado, el único que he conocido” cuenta Nietzsche.

Terminada la reunión entre estos dos hombres. El médico volvió a su consultorio. Y el filósofo partió hacia el sur de Italia, para tener una cita “una cita sincera con un profeta persa llamado Zarathustra.

LA DECEPCIÓN

La decepción...fraude, sentimiento causado por el engaño. En su origen era un término de caza y significaba hacer caer a una presa y capturarla mediante una trampa, de ahí que esté formado por el prefijo DE, con la idea de descenso o caída. Se cae en la decepción, se cae en el amor, se cae en la tristeza como constatación de una pérdida. *“Si el vacío, si la imposibilidad de comprender un cuerpo no se pone a circular entre los amantes, o cae el otro o cae el sujeto, y el desencuentro fundamental se transforma en desencuentro concreto y transforma la relación en imposible” (La Huella del Caracol, Enrique Millán)*

Nietzsche, que ha pasado a la historia como el gran misógino en realidad ¿podemos decir que sufría de decepción de amor? Su gran poema filosófico Así Hablo Zarastustra ¿puede considerarse como producto de esa gran decepción de amor? ¿Su obra literaria sería producto de una sublimación? ¿Podría ser la sublimación una salida o resolución de una decepción de amor?

En abril de 1882 conoce a Lou, según ella cuenta que le dijo ¿Desde qué estrella hemos caído para venir a encontrarnos? Lou deseaba la camaradería de Ree y la instrucción de Nietzsche. Formaron así un menage metafísico que llamaron Santísima Trinidad. Pero Lou empezó a preocuparse o por la intensidad de los sentimientos de Nietzsche hacia ella y comenzó a inclinarse por el tranquilo y afable Ree. A Nietzsche no le quedo opción que aceptar la pérdida de su amada y luego hubo un cruel intercambio de correspondencia. (que ya mencionamos) Nietzsche amenazaba con el suicidio...o se cae el sujeto o cae el objeto...

Amor que se transmuta en odio, es como si el sujeto eligiera odiar en lugar de amar, ya que amar implica soportar en dolor de la pérdida, se odia por amor. Lacan dice que el más grande amor acaba en odio (Sem.20, pág. 176)

“Si el amor ama los espejismos, el odio, en su búsqueda implacable de plenitud, los destruye precisamente por ser espejismos, por su presunta imperfección que impide olvidar que su agujero es de estructura” (Osvaldo Couso, El Amor, El Deseo y el goce) .

Freud plantea que el verdadero prototipo de la relación de odio no procede de la vida sexual, sino de la lucha del yo por su autoconservación y mantención (Los Instintos y su destino) El odio está relacionado con el displacer y es anterior al amor. Freud lo relaciona con el no yo al principio y duda de que haya una oposición tajante entre amor y odio.

El odio como lo venos en Nietzsche ataca a la existencia misma del otro como sujeto, no solo para destruirlo sino para destruir lo que lo hace otro, la alteridad que lo constituye. Esto se ve claramente en la carta de Nietzsche a Lou. Si bien en un primer momento coincide con la agresividad luego va más allá de la imagen. Lacan habla del Odioenamoramamiento, juego con la homofonía entre hain (odio) y amoration (enamoramamiento, caer enamorado), además refiere que el odio se dirige al ser “Por eso mismo, las otras dos pasiones del ser son las que llaman amor....y odio, que es justo lo que más se acerca al ser, que llamo ex-sistir. Nada concentra más odio que decir donde se concentra la ex-sistencia” “...un odio, un odio consistente, es algo que se dirige al ser mismo de alguien que no tiene por qué ser Dios”.

En Mas allá del bien y del Mal Nietzsche dice “No se odia mientras se menos precia. No se odia más que a un igual o a su superior” y en Tratados Filosóficos dice “El amor y la crueldad no son dos cosas opuestas: siempre se encuentran juntos en los caracteres más firmes y mejores”

Nietzsche pasó de la idealización a la desilusión acompañado de ese sentimiento de odio que vengo relatando. La decepción también es un sentimiento de insatisfacción que surge cuando no se cumplen las expectativas sobre un deseo o una persona. Es sinónimo de desilusión.

Caída de la ilusión. En filosofía se emplea el término ilusión vinculándolo con el problema de la engañosidad de los sentidos. (Dic de Ferrater mora pág. 209) “Pretendes obtener bellezas reales contra hermosuras imaginarias” le dirá Sócrates a Alcibíades en el Banquete de Platón. La distinción es establecida por los filósofos griegos, realidad y apariencia. El mundo de la apariencia es el mundo de la ilusión

En el banquete de Platón; Aristodemo expresa que “En verdad, lo que debe guiar la vida de los hombres al menos de aquellos que aspiren a una existencia hermosa, es un sentimiento que nada es capaz de inculcarnos de modo semejante como lo hace amor”. En la novela Nietzsche dirá “cuando destierre a Lou no quedará nada”.

La conclusión que lleva Sócrates luego de su dialogo con Diotimia en el banquete platónico, “la verdadera vía del amor, ora la emprendamos por nosotros mismos bien nos dejemos conducir hacia ella, consiste en a partir de bellezas sensibles ascendiendo sin cesar hacia esta belleza sobrenatural.” El amor platónico se plantea como puro y desprovisto de deseos sexuales. En la novela Lou mencionará su amor por Nietzsche como de una manera casta.

Platón en su banquete destierra la idea mítica de Aristófanes del amor como la búsqueda de la otra mitad para fundirse en uno. Lou dirá que para ellos eran dos almas gemelas.

La decepción de Nietzsche, es saber que no fue sagrado para ella, Lou no sentía lo mismo que él.

Zaratustra salvo a Nietzsche de la locura durante unos años, tras la ruptura con Lou hablo de suicidarse, saco fuerzas de flaquezas, rechazo la posibilidad de cualquier otro amor e intento transmutar en fuerza interior su soledad. Seis años después se derrumbaría. A partir de 1889 su locura seria irreversible y moriría años después.

¿La resolución de la decepción amorosa y el odio producto de ella podría ser en Nietzsche la sublimación? Freud nombra a la sublimación como uno de los fines de la pulsión, lo relaciona con las actividades artísticas, sociales y culturales donde las pulsiones cambia el fin sexual, que retorna al yo desexualizandose, para volver a encontrar un fin y un objeto sexual inhibido en su fin sexual o de muerte. Lacan define a la sublimación como el proceso que “eleva un objeto... a la dignidad de la cosa” (Seminario 7) se sirva para ilustrar esto varios ejemplos entre ellos el de la vasija. Osvaldo Couso en su libro mencionado anteriormente refiere que el movimiento que propicia el objeto de arte es totalmente diferente (al sexual) aunque su ubicación sea la misma que el objeto sexual, ya que se viene al espacio vacío dejado por el objeto que falta, no promete colmarlo, por el contrario, tanto para el artista como para quien toma contacto con la creación se recrea un agujero, se re hace y des hace el fantasma de perdida y recuperación del objeto.

Así la obra de arte se presenta como testimonio del modo del modo en que el artista ha recreado los significantes recibidos, ha podido valerse de ellos para hacer surgir una letra nueva...

Frases de Así hablo Zaratustra:

“Pero ¿Qué es la mujer para el hombre? El verdadero hombre quiere dos cosas: el peligro y el juego. Por eso quiere a la mujer: el juguete más peligroso...

¿Vas con mujeres? ¡No olvides el látigo!

Así hablaba Zarstustra”

Bibliografía:

- Lacan, Seminario 20, Aun.
- Osvaldo, Couso. El Amor, El deseo y el goce.
- Freud, Los instintos y sus destinos.
- Enrique Millán, La Huella del Caracol.
- Nietzsche, Así hablaba Zaratustra.
- Irvin D. Yalom, El día que Nietzsche lloro.
- Ruiz Franco, Los amores de Friedrich Nietzsche.
- El banquete de Platón
- Diccionario de filosofía abreviado de ferrater mora.

Relato de la Película *Escrito en el cuerpo*.

Dirigida por Peter Greenaway

Libro de la almohada: Sei Shonagon

Diego Mac Gregor

El padre escribe sobre su hija Nagiko, al mismo tiempo le dice, cuando Dios modeló en arcilla al ser humano le pinto los ojos, los labios y el sexo y luego pintó el nombre de cada persona por miedo a que lo olvidara. Cuando Dios queda satisfecho con su creación, insuflaba vida al modelo de arcilla, firmando con su nombre.

La madre le lee a Nagiko, un libro. Es un libro que se escribió hace mucho tiempo. Es conocido como el libro de cabecera y lo escribió una persona, para que lleve su mismo nombre.

La madre le dice, cuando tengas veintiocho años, este libro va a tener mil años. Este libro hace una lista de cosas elegantes.

Nagiko abre una puerta y ve a una persona que está por coger a su padre. El padre está de rodillas, de espaldas a esta persona.

Nagiko cuando tenía cuatro años, vio a su padre y a su Editor juntos y ahí tuvo la certeza de que para entender lo que había visto, tendría que esperar a ser mayor.

Nagiko ya de más grande, un hombre pinta su espalda y recuerda, las palabras del padre. Nagiko recuerda que a sus seis años, prometió tener un diario íntimo. Su propio diario de cabecera. A su vez, recuerda que su padre, en el día del cumpleaños de ella, le dice, ahora debo dejarte, tengo siempre la visita del Editor.

Nagiko dice, yo le haría todo tipo de observaciones, como Sei Shonagon. Quizás, un día, como ella, podría rellenarlo con las historias de todos mis amantes.

Sei Shonagon hizo una lista de cosas magníficas.

Nagiko recuerda, que el día que tuvo su propio libro de cabecera encontró a su futuro marido por primera vez, tenía seis años y él tenía diez.

Nagiko recuerda, de niña preguntando a su padre, ¿si hoy también, es el cumpleaños del Editor? Pregunta al padre, si él también, escribió al Editor, su nombre en la cara. El padre contesta, quizás, debería hacerlo. Él aceptó publicar su nuevo libro. El padre da a Nagiko, un regalo del Editor para ella, unas castañas conscientes.

Nagiko como Sei Shonagon, desarrolló en alto grado el sentido del olfato.

Amaba el olor del papel, de toda clase de papel, era como una fragancia de la piel.

Nagiko sentada leyendo un libro, mientras un hombre escribía su espalda y dice: escribir es una ocupación muy simple, pero magnífica, si la escritura no existiese que terrible desesperanza sufriríamos.

Nagiko mientras leía un libro, escucha su pensamiento, “quiero que pongas tu nombre, lo has escrito tú, debéis firmarlo. Cuando hayas terminado, deberás escribir mi nombre”.

Nagiko recuerda, que su madre le enseñó la lengua mandarín y que su padre en uno de sus aniversarios, pintaba su cara, feliz cumpleaños en japonés, mientras, ella cantaba su canción china favorita. Era una canción popular, cuando sus padres se reencontraron en Shanghái, que la llevan a recordar las palabras de su padre.

También recuerda, que cuando era niña, el Editor de su padre, le pintó su espalda y le dijo, las mismas palabras que su padre solía decirle.

Nagiko, está ahora junto a un hombre mayor, que le dice, la palabra lluvia debe caer como la lluvia. No tengas miedo de cometer un error. Recuerda, dice el hombre, que de un cepillo se puede hacer de madera, pero escribir, solo puede hacerlo el hombre.

Nagiko estaba determinada a escoger amantes que le recordaran los placeres de la caligrafía, en recuerdo de su padre y en memoria de Sei Shonagon.

Nagiko piensa, no llegué a decidir qué era lo más importante, si un calígrafo indiferente que era buen amante o un pobre amante que era un excelente calígrafo.

Nagiko imagina al Editor que se pasa una crema, por todo el cuerpo y empieza a lamer propia mano y se la hace lamer a ella. De allí, piensa, que el olor del papel blanco, es parecido al aroma de la piel de un nuevo amante, que hace una visita sorpresa en un jardín bajo la lluvia.

Continúa con sus metáforas: La tinta negra, es como pelo lacado y la pluma es como ese instrumento de placer, de cuyo propósito nunca hay duda, pero cuya asombrosa eficacia, siempre se olvida.

En el momento que Nagiko se casa, con el primer esposo, piensa, que no cabía duda, que acabaría mal.

El día del cumpleaños de Nagiko, dice al marido, que tiene que escribir una felicitación en su cara y al marido le parece ridículo. Ella le contesta, con las palabras del padre. Finalmente el marido se va.

Ella se pinta la cara frente al espejo. Recuerda, que de chica estaba separada de sus padres y de su tía, se encerraba con frecuencia en su diario, que estaba repleto de listas, tal como estaba el diario de Sei Shonagon, pero las listas de Nagiko, eran negativas.

Nagiko piensa que la razón por la que la gente escribe, es para que cualquier otro lea, ya que si no, para que se escribe. Se pregunta, ¿ si se escribe para conocerse mejor?

Nagiko recuerda, cuando la madre le decía, porque obligar a una persona a soportar tan dulce dolor y tan amargo placer.

Para sus veinte años, se regalo la felicitación de su padre. Se hizo escribir en el medio de los pechos, como un papel.

Nagiko buscaba un calígrafo ideal, pero iba a ser difícil encontrarle. Pensaba, si eran viejos, no estaban en posición de sacar partido de lo que les ofrecía y si eran jóvenes, se volvían alocados y distraídos enseguida.

Algunos de los calígrafos japoneses eran hombres incomprendidos, humildes funcionarios de día y tiernos de noche. Ella exigía, otras tradiciones caligráficas.

Nagiko mientras se baña, se mira al espejo y piensa tratarse como una página de un libro.

Nagiko comienza a escribir su cuerpo y empieza a decir metáforas: pezones como botones de marfil. Empeine como un libro abierto por la mitad. Un ombligo semejante al interior de una concha. Un vientre como un plato vuelto al revés. Un pene semejante a una babosa marina o a un buen pepino, pero todos ellos no son instrumentos de escritura.

Nagiko se acuesta con sus amantes y hace comparaciones anatómicas de ellos.

Ella dice, a partir de ahora empiezo a escribir, seré la pluma, además del papel.

Nagiko va a la librería a ver al Editor. Recuerda cuando era niña, el lugar donde estaba el Editor del padre. Ahí conoció a su futuro marido.

Ahí se encontró con Jerome, el escritor. Ella le dice a Jerome que quiere rendir homenaje a su padre, convirtiéndose en escritora, él le dice, que puede ayudarla. Nagiko escribe en el cuerpo de él, mientras recuerda las palabras de su padre, cuando le pintaba la cara. Ahora el escritor, es el que le pinta la cara a Nagiko. Ella dice al escritor, que hay dos cosas fundamentales en la vida: las delicias de la carne y las delicias de la literatura. Ella tuvo la suerte de unir las y de disfrutar de ambas.

Nagiko propone a Jerome, que quiere verse con el Editor del padre, porque tiene sus motivos. Él tiene un plan, que escriba en el cuerpo de él. Ella dice, eso es un sacrificio. ¿Ella dice, pero acaso, no hay placer en ti? Él responde, quizás.

Nagiko escribe trece libros en distintos cuerpos. El primero y el anteúltimo sobre el cuerpo de Jerome. El último libro, es el libro de la muerte, escrito en el hombre, que da muerte al Editor.

En las últimas escenas de la película, Jerome se encama con el Editor.

Hay encuentros y desencuentros amorosos entre Jerome y Nagiko que terminan en el suicidio de Jerome.

Nagiko escribe su ante último libro sobre el cadáver de Jerome y el Editor al enterarse, profana el cuerpo enterrado y edita el libro d'uo decimo y utiliza la piel de Jerome para ello. Nagiko al enterarse de lo sucedido, manda matar al Editor y en el cuerpo del victimario, escribe su último libro.

Puntuación de la presentación de Diego Mac Grego

A cargo de Enrique Millán

Quiero elogiar el minucioso texto de Diego que sigue paso a paso, palabra a palabra, la película de Greenaway. Los comentarios que se pueden hacer tanto de la película como del libro de Shonagon, son infinitos. Solo que quisiera rescatar de ambos una pregunta ¿Qué es lo decimos cuando decimos que una letra está escrita en el cuerpo?

Nada del amor me produce envidia. Adaptación del texto original de SANTIAGO LOZA

Milagros Vidal

**UN CUARTO, UNA COSTURERA Y UN MANIQUI.
ELLA, SE DIRIJE A EL. LE HABLA.**

Vamos a parlotear un poco.

Usted es interlocutor... yo, soy más bien oreja.

Tengo siempre alfileres apretados en los labios, los labios hay que tenerlos cerrados, no vaya a ser cosa que una diga lo que no debe...

Con las clientas lo de los alfileres resulta... y mire que por estos lados se escucha de todo, pero yo, una tumba, una tumba con alfileres...

Ahora que se fueron aprovecho para mover las cuerdas. No sé si se da cuenta de que cuando hablo muevo cuerdas.

Esas cuerdas que nadie ve pero tiemblan... esas cuerdas que suenan en las películas cuando las parejas se tocan... esas cuerdas no sonaron cuando me tocó. Me refiero a que esperé que una música de violines nos envolviera pero no... se oía el sonido de su respiración cerca de mi cara y el quejido que venía de mi garganta... será porque yo no estaba preparada, era una purreta que poco sabía de esos menesteres... tampoco supe mucho más después... debió ser por la incomodidad del momento que no se volvió a repetir... fue durante el carnaval...

Yo he vestido novias que habían sido deshonradas, de esas cosas una se da cuenta... cuando les pruebo el vestido, a veces descubro abultados los vientres y a buen entendedor pocas palabras... me refiero a que siempre busqué la forma de disimular la situación de esas muchachas... favorecerlas... evitar los chismes... siempre hay un pliegue, un volado, una costura que puede ocultar ese tipo de cosas... en eso soy una experta como quien dice... en guardar todos los secretos, como que una se acostumbra... a fin de cuentas, los trapos son para tapar la carne.

No se puede andar en cueros por ahí, sería espantoso, para eso está la ropa... siempre me asustó un poco lo de los cuerpos desvestidos, para eso pongo el biombo, para que se

cambien ahí atrás, pero algunas entran en confianza... como si yo no existiera... eso pasa... lo de dejar de existir pasa...

... las novias dejan de existir... por eso el vestido... dejan de ser la mujercita que fueron... el vestido se usa una sola vez, está hecho para la envidia de las solteras y para el placer del marido en abrirlo, en ir quitando telas... por eso un buen vestido de novias debe tener muchas capas, para que al marido le cueste llegar a la última capa... al centro, me refiero...

... a veces lo traen a los meses, destrozado, y yo les pregunto qué pasó y ellas me dicen que el marido estaba impaciente y a veces me parece raro... he visto muchachos con cara de angelotes que han dejado el vestido hecho una pena...

... una pena es que no cuiden lo que a una le costó tantas noches sin dormir... que en la lujuria no sepan valorar el trabajo que una hizo...

... y a esto no lo digo por envidia...

... nada del amor me produce envidia...

... por eso me gustan los ángeles... porque son blanquitos y no saben de lujuria...

Como Libertad, la novia de América... una novia blanca y eternamente virgen... una novia sin sexo cantando descalza sobre todo el continente...

a usted Libertad amada por todos los hombres... a usted la invoco llena de luz... novia inmaculada de las funciones de la tarde... a usted la imito hasta el hartazgo... no, envidia no le tengo... la envidia es otra cosa... una cosa que no se puede ocultar... como la mancha que queda sobre el vestido blanco de algunas novias trasnochadas...

... el amor... siempre hablando del amor. No sé qué le ven... qué tanto le ven al amor... amor , amor, amor, esas cosas de las que hablan las clientas todo el tiempo... todas las canciones de amor se parecen...

El amor es esa cosa que les pasa siempre a los otros...

el amor de las solteras como yo es algo más reducido... me refiero a lo que puedo hacer con estas telas, a mi capacidad de coser y descoser, de imitar un vestido de una vidriera Parisina sin haber pisado Europa, de recordar cuando vino Libertad y le tome las medidas temblando con estas manos... eso es amor... un amor sin hombre... es el amor de las costureras... usted lo entiende...

Usted es mi interlocutor. Y yo soy la soltera que viste a todas las enamoradas... qué papel más triste me ha tocado en esta farsa...

Pero vamos a los hechos, y a lo hecho pecho, como quien dice.

Y hay un momento en que hay que cortar por lo sano y dejar de dar vueltas, lo digo yo que me dedico al corte.

Nunca había visto una tela igual, el día que la trajeron pensé (y no me equivoqué al pensarlo) que esa tela marcaba un antes y un después en mi vida... me refiero a la vida profesional, esta vida que viví en estas paredes. Que algo iba a pasar aquí dentro, algo importante del mundo se instalaba acá en el medio, en esta sala, me di cuenta ni bien toqué la tela y pregunté para quién sería el vestido...

Si me lo había dicho, no lo pude escuchar o no lo pude creer. Libertad, es para Libertad, dijo.

¿Libertad la que le dio un tortazo a Evita? ¿Esa Libertad? ¿La que canta con voz de canario?

La misma que viste y calza.

Son momentos como esos en los que una se siente así, como disminuida, usted me va a entender. Como que una se siente poca cosa, la forma en que yo repetí la palabra Libertad tenía que ver con eso, como si dijera quién soy yo para que venga y tomarle las medidas. Y ajustarle la sisa, y mirar los defectos del cuerpo y ocultar esos defectos y olvidar esos defectos que para eso a una le pagan.

A eso me refiero a que una se siente poca cosa.

No digo que una lo sienta siempre, como que una se olvida, me refiero a que una no tiene tiempo de darse cuenta de lo poco y lo mucho porque siempre hay que hacer una entrega, que casamiento, que fiesta patronal, que baile de quince, usted lo entiende...

Cómo le iba a dar una cachetada si era ella más bien menudita.

Había sólo que verla para darse cuenta de que era incapaz de pegar a nadie...

Además, mire si se iba a meter con Eva, meterse con ella era como meterse con el General y nadie se mete con el General... ni yo digo cosas sobre el General... a mí qué me cambia... no me cambia, yo vivo igual con General o sin General... pero eso no se lo dije... no me adelanto.

Eso de tener que decidir, creí que nunca me iba a pasar.

El día que vino Libertad me temblaban las piernas, me pasé toda la noche limpiando, plumereando por todos lados porque se me hacía que debía ser limpiita, tan impecable se la veía en las películas.

Me puse lo mejor que tenía para recibirla.

Me olvidaba de lo más importante: el vestido estaba listo. O casi listo, había que darle unas puntadas y listo. Y, modestia aparte, le hice honor a la tela, me quedó una pinturita.

Era un vestido para una reina. Como que si hubiera reina de la Argentina seguro que en algún momento usaba ese vestido...

Apenas me dirigió la palabra. Le pregunté si le gustaba, si el vestido era de su agrado, no dijo ni sí ni no, dijo que algo había que cambiarle, alguna cosa... así, indefinida...

Para mí el vestido era perfecto, no tenía ninguna falla, era de lo mejor que hicieron estas manos... entonces levanté la vista, porque estaba agachada, y desde abajo se me escaparon las palabras, ¿por qué?... me escuché preguntando insolente, pero ya era tarde, las palabras habían escapado de mi boca y ella entrecerró los ojos y en el medio del silencio, murmuró: no me convence... podría ser un vestido para la Duarte.

Una cree que nada extraordinario puede suceder en esta vida... me refiero a que yo sé qué cosas puedo esperar... es como las clientas, los moldes y los vestidos, ellas me hablan y yo ya puedo ver el vestido. Y ese vestido que veo con la mente no es tan diferente al vestido final, no sé si me explico.

Como si no hubiera sorpresa, me refiero a que todo, y con esto me refiero a todo, está dentro de lo posible.

Digo para que nos entendamos, yo soy una costurera de barrio. No hace falta ser vidente para adivinar el futuro de una costurera. A eso me refiero.

Me refiero a que el día en que llegó Libertad sentí... pero lo sentí como un sacudón en el cuerpo, de que lo extraordinario había pasado... ..

Me refiero a que lo extraordinario no se planea... pero tampoco se repite... Todo esto que digo sobre lo extraordinario es lo que pensé a propósito del encuentro con Libertad... lo seguí pensando algunos días... sin darme cuenta... sin saber lo equivocada que estaba...

Lo extraordinario, cuando sucede, se instala con una fuerza que abre una puerta desconocida, nueva...

Me pongo de ejemplo, a falta de otro ejemplo en este lugar.

Yo estaba acá. El vestido estaba casi listo.

Golpean la puerta y un señor me avisa que la Señora ha escuchado de mi fama... ¿qué fama? le digo, creyendo que me tomaba el pelo... su fama, repitió serio, la Señora está en

el auto... ¿podemos mantener esto en secreto?... ¿qué Señora?, le digo... La Señora, repite, ¿acaso hay otra?... y en ese momento la veo descender del auto.

... El momento en que vi a Evita entrar en mi taller creí que me había muerto, que todo eso era parte de lo que dicen que pasa en la vida eterna...

¿Qué desea de mí, Señora?, me atreví a preguntar.

Hubo silencio.

En el centro del cuarto estaba el vestido de Libertad, flamante, recién terminado.

Se detuvo. Lo miró detenidamente.

¿Cuánto cuesta?, me dijo.

Es de una clienta, le dije.

No es lo que pregunté, no quiero repetir la pregunta.

No se vende... es de una clienta. Le puedo hacer algo que se asemeje.

No quiero algo parecido, quiero ese.

Me temblaron las piernas. Me faltaba el aire.

No está terminado, le falta...

¿Qué le falta?, me interrumpió...

Tiempo... me hubiera gustado decir.

Me falta tiempo para entender esto, pero no dije nada, me quedé callada...

Cuando Eva se fue, pensé, menos mal que no tengo ventana.

Si alguien me hubiera visto en ese momento se hubiera espantado. Lo que había encerrado en este sitio no era una humilde costurera... no, era una fiera de una especie no reconocida...

Me salía espuma por la boca... los ojos en blanco, me arrastré por los rincones... arañé las telas... mordí la madera de la silla... todas esas marcas que se pueden ver por ahí...

Me había animalizado.

Eso debe ser la locura, abandonar todos los modales.

Cuando estaba todo revuelto, hecho un desorden imposible, cuando no había forma de revolver más este cuarto me quedé quieta, jadeando, traspirada.

Y frente a mí, ahí, el vestido. Resplandeciente.

No puedo elegir, pensé, si le doy el vestido a Libertad será mi perdición... si le doy el vestido a Eva estaré maldita por los siglos de los siglos...

Cuando hablo de lo extraordinario me refiero también a la fatalidad que acontece cuando ha pasado... a las desgracias que le suceden... al precio que hay que pagar cuando lo maravilloso entra a un espacio reducido como este.

Y yo no soy de las personas que deciden.

El mundo está compuesto por dos clases de personas: las que deciden y las que acatan.

Yo pertenezco a la segunda categoría.

Ni de niña decidía, siempre aceptando.

Y eso que cuentan: lo de tener que decidir entre dos amores, entre el amor de un hombre u otro, a mí no me pasó. Somos de razas distintas, Libertad y Eva son de una raza, yo de otra... aunque a veces las cosas se confundan.

Me voy a explicar... decidir tiene poder... sólo tiene poder el que puede... Ese día, en este cuarto... cuando me quedé sola, sentí que no era la visita de Eva ni el encuentro con Libertad lo extraordinario... era otra cosa... era que por primera vez, acá, sola, frente a este vestido, la que tenía el poder era yo.

Y me pasó eso, que dije "Yo" en el silencio, y otras veces cuando decía yo era como si nada... Pero esa vez, cuando dije YO lo sentí con fuerza, con peso y poder.

Yo hice ese vestido.

Yo puedo entregárselo a Eva o a Libertad.

Entonces cerré las puertas.

Como si algo me poseyera enloquecida, mi ropa, esta modesta ropa me ardía en el cuerpo.

No hay nadie, me dije, no hay nadie, estoy sola, y ni bien dije eso, me desnudé.

Después me acerqué a donde está usted y despacio, como quien disfruta con malicia, me fui poniendo el vestido...

Me miré en el espejo y sucedió el asombro...

... No había una costurera de barrio disfrazada, no, lo que veía era una reina enloquecida...

Y entonces, me dije, no se lo voy a dar, ni a la una ni a la otra. Este vestido es mío, como este momento, tan secreto y mío que no se lo doy a nadie.

Y yo tenía esos frascos de alcohol, para sacar las manchas... mientras bailaba con el vestido puesto iba tirando por todas partes... vaciando los frascos y seguía bailando y fue solo cuestión de prender un mísero fósforo, lo tire ahí donde está usted, y esa felicidad se hizo fogata... usted me va a decir que estuve loca y no se lo voy a negar pero es así

como bailé con ese vestido de fuego, entre las telas que se iban consumiendo como se consumen los amores apasionados.

Bailé hasta que el fuego me devoró... porque después... cuando el fuego se apagó... y quedaron los escombros y las cenizas... no encontraron nada, ni los restos de vestidos ni partes de mi cuerpo... todo se había consumido... esfumado... algunos dudaron de mi existencia... otros dijeron que el incendio tapaba las evidencias de oscuros negocios que hacía por la noches en este cuarto... se habló de juego clandestino y drogas exóticas... de doble vida, costurera diurna y prostituta nocturna... todas esas versiones se fueron apagando del mismo modo que se apagó el incendio...

Todos confluyeron en el olvido.

Libertad y Eva también me olvidaron pronto.

Y yo...

Es difícil imaginar que una pudo ser tan feliz, se lo digo a usted que lo sabe.

Que la plenitud es un momento de arrebató y después viene la nada... usted me acompaña en esta nada...

No estoy sola... usted me acompaña...

Puntuación de la presentación de Milagros Vidal

A cargo de Andrea Goldenberg

“El espectador del drama es un individuo sediento de experiencia; se siente como ese “Miserable al que nada importante puede ocurrirle”
S, Freud, “Personajes psicopáticos en el teatro”.

Aquí estoy en su cuarto, en este cuarto de costurera del que formo parte. Entre estas cuatro paredes que delimitan su mundo, nuestro mundo, si me permite, que así lo diga...

Mundo en el que “paRloteamos” y soy su “interlocutoR, con la R que Retumbacomosus tangos.

Cuántas letras escuché a su lado: “esta mesa, este espejo y estos cuadros guardan eco del eco de tu voz”.

Además de ser el maniquí de una costurera de barrio, soy también oreja, como usted. Por estos lados se escucha de todo... cuántas historias cuentan nuestras clientas, si es que me permite que me tome esta licencia y me apropie un poco de su personaje, de su escena.

Usted la tiene clara, recién me lo dijo: se trata de una farsa...que papel más triste me ha tocado en esta farsa”, “la solterona que viste a todas las enamoradas”

“Pobre solterona te has quedado sin ilusión sin fe”, otro tango, pero no la representa.

Qué no va a tener ilusión! Cuando llegó Libertad sintió un sacudón en el cuerpo y lo extraordinario del encuentro.

Libertad la portadora de esa voz, producto de la vibración de las cuerdas que suenan como en las películas, cuando las parejas se tocan. Usted parece que de eso nada quiso saber después de lo que pasó en ese carnaval... sin embargo se imagina fantasea... un buen vestido de novia tiene que tener muchas capas para que al marido le cueste llegar y cuando traen el vestido destrozado, usted se apena porque siente que no saben valorar el trabajo y tantas noches sin dormir ...y no es por envidia ...le creo, nada del amor le produce envidia. O nada del amor?

El amor...el amor... “yo anduve siempre en amores que me van a hablar de amor”.

Me va a decir que la letra de ese tango no tiene nada que ver con usted, pero no me parece que esté en lo cierto...porque usted sabe del amor de las costureras, un amor sin hombre.

Desde chiquitita, con tanto temor a decir lo que no debe...mejor una tumba con labios apretados. Será de esa época, que tiene esa creencia de que nunca le iba a pasar eso de decidir?

Será desde entonces que en esta farsa se siente protegida entre bambalinas y armó su escena entre estas cuatro paredes, donde juega el papel de la costurera de barrio?

Para usted el mundo está dividido entre dos clases de personas, las que deciden y las que acatan y usted pertenece a la segunda categoría. Creo que yo también...

Es que hubo un antes y un después a partir de esa tela y de ese vestido...algo importante del mundo se nos instaló entre estas cuatro paredes...

Quien iba a imaginarlo, Libertad en nuestro taller, Libertad que palabra tan grande y tan lejana, pero estamos hablando de Libertad la que le encajó el tortazo a Evita en la “Cabalgata del Circo”...la misma que cuando se probó el vestido dijo que no la convencía porque podría ser un vestido para la Duarte.¡Cosa de Mandinga!, ni que la hubiera llamado, quien lo hubiese imaginado, Evita entrando a nuestro taller...y la costurera de barrio, la espectadora de las historias de las otras,por primera vez tenía que elegir ...

Parece que no lo soportó elegir entre Eva o Libertad...se trataba de eso?

A partir de ahí nuevo personaje. De costurera de barrio a reina enloquecida. Por primera vez se desnudó frente al espejo y bailó por este cuarto. Soltó su voz y cantó como nunca antes. Se puso el vestido, prendió la fogata. Se sintió locamente feliz.

“La costurerita que dio el mal paso”, se terminó cayendo de la escena.

“Después que importa del después”...o importa?

Juego clandestino, drogas, ajuste de cuentas, costurera diurna, prostituta nocturna. Diversas versiones...todas se apagaron con el incendio, todas se olvidaron. Libertad y Eva también la olvidaron.

Acá estoy junto a usted en el paraíso de las costureras.

Escuché decir que alguien se muere, cuando se muere el último que lo recordaba.

Le creo, nada del amor le produce envidia

Usted tiene el amor a las mujeres. Es con amor que reviste sus cuerpos con los disfraces que prepara para que salgan a la escenas de la vida.. Es con amor que trabaja para disimular con las telas, los defectos de sus cuerpos y resaltar sus virtudes.

Cierto, le faltó el amor de un hombre, de esa escena quedó por fuera después de esa noche de carnaval, quizás el miedo la dejó prevenida. Minga que “siga el corso”.

Volviendo a nuestro cuarto de costurera “cuartito azul dulce morada de mi vida”, otra letra de tango de los que usted cantaba.

En nuestro paraíso costurero no estamos solos las letras de los tangos acompañan.

Guitarra, dímelo tú

Presenta: Clara Roitbarg

Comentan: Silvia Lederman, Victor Filippi.

En un tiempo, antes de ser guitarra, antes de que la madera fuera ahuecada, la guitarra fue simplemente un trozo de árbol. Integró el cuerpo de un árbol determinado. Y ese árbol no era solitario, no estaba solo en una colina, formaba parte de una pequeña selva, de eso que llamamos monte. Y ahí, ese árbol era vecino de otros de todo tipo y especie, de hojas percederas o no percederas, de madera dura o blanda, de madera que absorbe la humedad o de madera que la conserva. Ahí vivía la guitarra antes de ser guitarra.

Y ese pedazo de madera integrante de la selva tiene que haber recibido un gorjeo de algún ave al amanecer, al atardecer, al mediodía. De toda clase de pájaros a toda hora del día. La selva recibió el cántico de pájaros a lo largo de los años, de pájaros que han cantado con frío en invierno, con sol, con siestas, con sustos, con coraje, y en primavera con amor, con polluelos, con hijos o sin hijos. El cántico del ave ha sido siempre el elemento. Y a la madera sensible se le ha penetrado ese cántico.

Alguna vez la hacharon, alguna vez se cayó, la ahuecaron, la pusieron a templar como tabla, y alguna vez la formaron. Pero es una madera llena de infinitas vibraciones, miles de horas de canto de pájaros. Y cuando se hizo instrumento, llegó a manos de gente de distinta condición, virtuosos, hábiles, ávidos de encontrar algo que le ayude en la vida, algo que le ayude a conformar su destino, su mensaje, o a consolar su soledad, mil razones por las cuales se inclinaba hacia ese instrumento tan lleno de vibraciones y con tanta tradición. Y no faltará seguramente los que le adjudicaban a alguna gente la virtud de enriquecer el canto de la guitarra. "Fulano de tal hace cantar a la guitarra, la hace decir". Pero la guitarra ya venía con una multitud infinita de vibraciones. Como las catedrales, que no necesitan tenores para tener ley acústica. La guitarra estaba plena de sonidos. Entonces ¿no será en cierto modo una pretensión pensar que es el hombre el que está enriqueciendo su sonido, su misterio, su buena disposición para decir cosas? Ella, ella que de sonidos sabe cualquier cantidad, de tiempo, de veces, de voces, de horas, de primaveras, de inviernos, de soledades, de tormentas, de silencios, de rumores. Todo lo sabe la guitarra, no tiene un secreto que ocultar, todo lo atesoró en sí. Y lo da, tal vez cuando lo merece la mano que

la busca. En la medida en que no lo merece, la guitarra se puede negar Yo he oído “No me dice la guitarra... esta guitarra es muy buena, está muy bien construida, pero a mí no me dice”. ¿No será que no ha hecho nada por merecerlo todavía? Le ha faltado la unción, la condición del ruego, el acercarse para que lo ayude, para que el instrumento lo ayude a transmitir tal o cual asunto que tiene algo que ver con el sentimiento humano. Si es por una simple afán de lucimiento, es posible que este instrumento sencillo no quiera complicarse en lo que no entiende.

Y así es la guitarra. Cuando ve que el hombre no está preparado para entender lo cósmico, la consubstanciación entre el misterio del instrumento y el anhelo del hombre, la guitarra se queda callada y deja al hombre en el aire.

Si uno entiende la entereza de enfrentar la verdad profunda, es posible que la música cobre al fin de los tiempos una condición muy elevada, y se salve de la mercantilización de una habilidad o un virtuosismo. (Fragmento La guitarra, “Este largo camino”, Memorias. Atahualpa Yupanqui)

Siempre he pensado en el silencio. Una vez casi me volví loco buscando un silencio, buscando un tono que sea la representación del silencio en la guitarra. Primero buscaba en la bordona, pero esa cuerda no me decía mucho desde el punto de vista melódico. ¿Será un tono o dos tonos juntos, o una melodía, cómo será? Después busqué en la quinta y en la cuarta, en las otras cuerdas no, porque son muy hablantinas. Busqué algo que la gente diga: “Eso es como el silencio”. Hice la “Vidala del silencio”, la toqué bien gravemente, la toqué muchas veces, la toco siempre. Pero solamente para mí es la vidala del silencio, nunca oí a alguien que dijera “cierto, ahí hay algo del silencio”. (Fragmento, “Este largo Camino”, Memorias. Atahualpa Yupanqui)

La milonga, extraordinaria. En mi vida he trabajado muchos asuntos con el ritmo de milonga lenta, de distintas tonalidades y casi nunca descriptivas. Más de setenta han sido trabajos desde adentro. Preocupaciones, soledades, que el hombre va incorporando para que no parezcan tan solas, tan desoladas, y las va pintando a su manera, siempre.

El estilo es una manera de rezar. El hombre manifiesta una profunda intimidad. En un estilo no se pueden describir cosas livianas, baratas, siempre hay que ir a lo denso, lo importante, lo trascendente, sobre todo en lo que está tocando la intimidad.

A lo largo de los años, habré escuchado unas cinco mil milongas. Y nunca escuché un nombre de mujer en este estilo. Ningún paisano ha nombrado una mujer, hasta donde la

pampa imprime su sello de conducta para respetar el nombre de una mujer. En cualquier otra forma musical argentina, se pueden encontrar nombres de mujeres.

Esa costumbre que tenía el hombre de la pampa, "Ay que me muero, ay que me muero, por una que se llama... ya no me acuerdo".

Puntuación de un texto de Atahualpa Yupanqui.

Seleccionado por Clara Roitbarg.

Puntuación del texto: Silvia Lederman.

Aquí no contamos una historia de amor, no hay en el texto un pasado y un impulso al: ¿qué pasará? que se espera en toda historia.

El texto tiene que ver con un *encuentro* amoroso, entre:- "Ella, la guitarra (una parteneire, metáfora de lo femenino)".

Y él :- ávido de encontrar algo que lo ayude en la vida, que lo ayude a conformar su destino, su mensaje, a consolar su soledad.

En el encuentro, él se inclina sobre ella, con unción, con devoción , unge con sus manos ése cuerpo...¿y acerca a ese cuerpo a lo sagrado?

Una variante posible de este encuentro amoroso. De esta singularidad amorosa.

Y que pasa allí?. -Ella para volar en la noche *usa* dos manos por alas.

A él le gusta que use sus manos y vibre.

Este encuentro amoroso, nos dice don Ata, se dio porque él se acercó con condición de ruego, y ella no se negó.

(Clara me contó lo que le decían cuando probaba guitarras: "pensá que la guitarra te tiene que elegir a vos".

La guitarra no está sola, tiene un parteneire sensible, que no se pavonea, ni se omnubila con el tecnicismo, no porque no existan técnicas, sino porque de eso no se trata el encuentro amoroso.

El encuentro amoroso es lo que atañe al objeto y su falla?

Por eso hay música? Detrás de la música está el fallar del objeto, su esencia dice Lacan es fallar.

Es como decir : "el cantico del ave ha sido siempre el elemento"

Perdida la animalidad del canto de los pájaros (el elemento), la ya ahuecada guitarra, suple bellamente fallida el trino. Y hace el amor con los pájaros. Los hace cantar. Y son tres haciendo el amor. Guitarra, pájaro y hombre.

Resuena Lacan y se suma: Lo propio del goce es que cuando son dos cuerpos, mucho más aún cuando son más , no se sabe no se puede decir cual goza.

Y ella no se negó. Él que la sabe madera caída, hachada, tensada. **Pero (así dice)** hecha de infinitas vibraciones, la hace vibrar y vibra.

No se goza dice Lacan, sino corporeizándolo de manera significativa. El significativo es la causa del goce, sin el significativo cómo siquiera abordar esa parte del cuerpo?

Y diría Atahualpa. Guitarra dímelo tú.

Castillos de Carón. De Almudena Grandes

Selección de Beatriz Tarsia

Pero el dos no ha sido nunca un número porque es una angustia y su sombra. Federico García Lorca

1. El arte

El tres es un número impar.

—Es para ti, María José... Jaime González.

—Buenos días, soy María José Sánchez, ¿en qué puedo ayudarle?. El silencio duró un par de segundos. Luego, una voz ronca, me llamó por un nombre en el que hacía muchos años que no me reconocía. —Hola, José.

—Jaime... —murmuré

—Marcos ha muerto. Se ha suicidado. Se ha pegado un tiro con la pistola de su padre. El entierro es mañana, a la una... Tenía que contártelo, ¿sabes?, eso fue lo primero que pensé al enterarme, que tenía que decírtelo yo.

Había pasado mucho tiempo, casi veinte años,

Jaime González era uno de los alumnos de cuarto año en el curso de Bellas Artes; si hubiera podido evitarlo, creo que nunca me habría fijado en él. Pero no pude, porque no era alto, no era guapo, no era delgado, estaba abocado a convivir con un aspecto físico vulgar, impropio de un artista; pero era un dibujante prodigioso, el mejor que he conocido jamás.,

Un chico que no se le parecía en nada, alto, guapo, delgado, como un arcángel desarmado, sin alas y sin espada, le saludó con una carcajada. En aquel momento, me sorprendió mucho verlos juntos, pero me acostumbré enseguida, cuando empezó a ser imposible verlos por separado.

Ese amigo no sólo era el chico más alto de la clase, también era el más guapo, aunque su belleza tenía un punto excesivo, ambiguo, una delicadeza casi femenina. Su rostro era

muy perfecto y su cuerpo también, un conjunto admirable de rasgos finos, alargados, elegantes. Él era Marcos Molina Schulz. Y me gustaba.

2. El sexo

El tres es un número aparte.

Todo empezó un lunes de enero. Hacía mucho frío y las cañas de la salida se convertían casi en una obligación.

—Podríamos irnos a comer por ahí, ¿no? Jaime miró primero a Marcos y luego a mí; estaba dirigiendo las operaciones, solía hacerlo, aunque yo aún no podía imaginar hasta qué extremos llegaría su capacidad de liderazgo. Cuando abrí mi coche, Marcos no vaciló en deslizarse al asiento de atrás y Jaime se sentó a mi lado con la misma naturalidad.

En el Burger King Marcos se levantó -Esperadme un momento, voy al baño. dijo Yo le seguí con la mirada, era tan guapo, que no podía dejar de mirarle, Desde que le conocí, le comparaba en secreto con todos los modelos que habían posado para mí y siempre concluía que me habría encantado dibujarle, pintarle con dos alas grandes, blancas, un escudo y una espada llameante, como un arcángel furioso e inocente, poderoso pero ignorante de su fuerza.

—¿Te gusta, eh?

—Sí —admití—. Me gusta. Es muy guapo.

—Y tú le gustas a él —añadió—, pero como es tan tímido... Nunca sabría por dónde empezar. Por eso he decidido echarle una mano.

—¿Una mano? —en aquel momento no entendí nada. Llegaría a entender mucho menos antes de comprenderlo todo de golpe.

Jaime vivía muy cerca de la plaza de España, en un departamento compartido.

Cuando llegamos el empezó a liar un canuto monumental. Eso también lo hacía bien, más que bien, de puta madre. Nunca he vuelto a fumar canutos como aquellos. Había fumado muchas veces, con mucha gente distinta, sin sentir jamás nada parecido.

Marcos, Jaime y yo fumábamos, bebíamos, nos reíamos, y al hacerlo, era como si estuviéramos aprendiendo a compartir algo, como si los tres aceptáramos al mismo tiempo un lazo mutuo, profundo e invisible que nos convertía al mismo tiempo en víctimas y deudores de una particular cualidad de la armonía, una sola persona con tres cuerpos, tres cabezas, tres pares de brazos y de piernas.

—Os voy a dejar solos un rato... Jaime se rió—, tengo cosas que hacer. Luego, Marcos me miró, y se abalanzó sobre mí. Qué bien, pensé, mientras nos besábamos, acariciábamos, y desnudábamos, qué bien, me gustaba tanto besarle, acariciarle, desnudarle, sentir su cuerpo contra el mío, ... Hasta que resultó que no, que allí había algo que no iba nada bien. Y nunca en mi vida me he despejado tan deprisa.

Mi amante era bello como un arcángel. Y exactamente igual de inofensivo.

—¿Qué tal? —Jaime entró en la habitación,—. Fatal, ¿no? Me lo imaginaba... Llegó hasta el borde de la cama, se quitó el cinturón y se desabrochó los pantalones. —No os preocupéis... —se desnudó,—, que esto lo arreglo yo en un periquete. Antes de terminar de hablar, ya se había metido en la cama. Antes de conseguir situar las dos piernas encima de la sábana, ya tenía la mano izquierda entre mis muslos, su lengua en mi boca. Antes de que pudiera creérmelo, ya había empezado a moverse contra mí, encima de mí, dentro de mí y a mi favor. El factor sorpresa era fundamental, me confesaría luego, y tenía razón, en una cama Jaime González siempre tenía razón. Lo que estaba pasando me gustaba, y no podía discutir la opinión de mi cuerpo.

Después, intenté sentirme culpable pero no lo conseguí.

Jaime había resuelto nuestros problemas con brillantez. Gracias a él, lo que estaba destinado a ser un episodio desagradable y convencional se había convertido en un castillo de fuegos artificiales, una explosión que yo no podría olvidar jamás.

—¿Lo teníais planeado? —les pregunté—Lo del trío. —No —me contestó Marcos,

—Sí —dijo Jaime y me eché a reír.

Te he hecho un favor. Marcos, reconócelo, me he hecho un favor a mí mismo y otro a ti, de paso... ¿O es que no estamos bien ahora, los tres? A lo mejor, ésta es la solución. Yo asumo la responsabilidad y tú te relajas.

—¿Y yo? —pregunté

—Tú eres lo mejor de todo, Jose... —Porque me gustas mucho, pero sin él de por medio nunca te habrías acostado conmigo. —Eso no lo sabes —protesté. —Sí que lo sé, hace muchos años que lo sé.

El miércoles siguiente, al salir de clase, llovía, y nos quedamos mucho tiempo en el bar, rodeados de gente; aquello también fue un principio, el primer episodio de una intimidad completa. El tres no era sólo un número, también era un nombre, y estábamos

aprendiendo a pronunciarlo, a domar sus aristas, a corregir su acento, a dudar de su fama, su condición impar.

El viernes, cuando vi venir a Jaime le dije —No puede ser, porque es una salvajada, porque no es normal.

—Eso ya lo sé, pero es que nosotros no somos normales—Piensa en Marcos, dijo, él te necesita, me necesita a mí y sobre todo a ti. Nunca se le ha puesto dura, ¿sabes?, con ninguna tía. Y sólo lo puedes solucionar tú, porque no hay ninguna otra que nos guste a los dos.

Seguían siendo dos personas distintas y habían empezado a ser una sola persona al mismo tiempo, un amante memorable, el más impotente y el más feroz, el más brusco y el más dulce, el más divertido y el más silencioso, el más intenso siempre de cuantos había conocido.

Aquella tarde todo nos salió mucho mejor, porque no hubo sorpresas. Más tarde Jaime también tomó la iniciativa de las confianzas y ambos contaron las suyas.

Yo no podía seguir ocultándoselos, no podía perseverar en el engaño, en el bando de los vencedores, un prestigio que no me correspondía

— Yo también tengo que contaros algo, dije.—Yo no me corro.

Que no puedo correrme. Me gusta follar, pero al final no me corro. No puedo, no llego, no sé hacerlo.

Marcos parecía perplejo—. Tú... Si tú chillas y todo. —Ya, pero porque lo he visto en las películas. ...

-¿Pero qué he hecho yo para que me pase esto, Joder? dijo Jaime, ¿Por qué tengo que tener tan mala suerte? Para una vez que consigo montarme algo divertido... ¡toma!, un impotente y una frígida.

-De momento vamos a hacer dos cosas. La primera, comprar una cama grande. Y lo segundo que vamos a hacer es echar un polvo, ¿eh? Ahora echamos un polvo, tú al final chillas o no, lo que más te apetezca, pero ahora echamos un polvo y luego hablamos...

Una semana después, Marcos cumplió veintiún años. Lo celebramos en casa de Jaime, estrenamos una cama de un metro y medio de ancho que Marcos había comprado. Dos semanas después, empecé a tomar la píldora. Un par de días más tarde, Jaime dejó a su novia. Cuando se acabó el curso, aquélla era ya la primera y la única historia seria, intensa, verdadera, que yo había tenido en mi vida.

3 El amor

El tres es un número par.

Durante la primavera lo bueno empezó a ser mejor, y el tres un número par. Follábamos mucho, todos los días, a nuestra propia manera, al principio peculiar, luego cada vez mejor, con más seguridad, cuando una sucesión de pequeñas victorias fue allanando el camino del triunfo definitivo.

Así empezó la mejor época de mi vida. Yo era muy feliz entonces, creo que los tres éramos muy felices. Aún no me hacía preguntas porque no necesitaba ninguna respuesta. El sexo es el sexo y el arte es el arte, y en nuestra historia había mucho de ambas cosas y muchas cosas más, deseo, lealtad, confianza, complicidad, dependencia, armonía, necesidad, seguridad, humor, y también amor, distintas clases de amor que circulaban en direcciones diferentes y convergían en una sola. Cuando estuve segura de eso, mis prejuicios se desvanecieron.

Después, cuando el tres se vengó de nosotros con su indivisible crueldad de número impar, perdí el rastro de mis propios pasos y dejé de creer en mi propia historia. Cuando me quedé sola, confundí aquella rara armonía con un vulgar desorden, y aquel orden perfecto con una turbia variedad del caos. Cuando éramos tres, el mundo era tan enorme que no podíamos abarcarlo con nuestras seis manos. Cuando volví a tener sólo dos manos, se había vuelto tan pequeño, tan insignificante, que se resbalaba entre mis dedos sin que yo alcanzara a comprender la razón de su tamaño. Cuando miré mi vida con los ojos de los otros me inventé una vergüenza, un escándalo, una degradación que jamás existió. Más tarde recuperé la memoria. Éramos muy felices, y a nadie le ha costado menos trabajo vivir que a nosotros entonces, cuando estábamos juntos, y juntos éramos alegría.

Nuestro número nos daba ventaja sobre la irresoluble dualidad de los pares. Éramos tres, y eso implicaba mayorías absolutas de dos contra uno en los pequeños conflictos de todos los días

Durante una reunión en casa de mis padres, Marcos me pidió que lo acompañe al baño. Jaime nos vio salir por la puerta del fondo. Cuando estuvimos dentro, Marcos me aplastó contra la pared y me besó. —Estás empalmado... —dije, era una noticia asombrosa—. Nunca hasta aquella noche había logrado mantener una erección verdadera durante

tanto tiempo. Aquello era milagrosamente vulgar, absolutamente normal, y definitivamente nuevo

No duró ni dos minutos, pero duró, y fue emocionante.

Estaba muy orgullosa de él, deseaba que sucediera y sin embargo, deseaba al mismo tiempo que nada cambiara, porque la ecuación perfecta de nuestros cuerpos impares, fragilísima y sólida como una roca, nos había dado más de lo que habíamos tenido nunca, y eso también lo sabíamos. El desequilibrio comenzaba a acecharnos desde el mismo corazón del equilibrio.

—Estáis en deuda conmigo —dijo Jaime por fin—. Lo sabéis, ¿no? —

Entonces se echó a reír y se acercó a su amigo—¡Machote! —gritó, y yo sentí que mi cuerpo se aflojaba de pronto

Aquel episodio no había tenido importancia, yo lo sabía y Jaime también,

Ese verano, en la casa de veraneo de mis padres, les echaba tanto de menos que un día me subí a mi coche.

Si alguna vez he estado enamorada, fue entonces, el día que viajé desde la provincia de Cuenca hasta la de Castellón donde estaban ellos, conduciendo un Ford Fiesta que se ahogaba en todas las cuestas y un corazón tan grande que no me cabía en el cuerpo.

Era demasiado amor. Demasiado grande, demasiado complicado, demasiado confuso, y arriesgado, y fecundo, y doloroso. Tanto como yo podía dar, más del que me convenía. Por eso se rompió. No se agotó, no se acabó, no se murió, sólo se rompió, se vino abajo como una torre demasiado alta, como una apuesta demasiado alta, como una esperanza demasiado alta. En esa playa, todo acabó empezando, todo empezó a acabarse, pero yo todavía no me di cuenta.

A Jaime no pareció importarle cuando tuvo que empezar a compartirme definitivamente con Marcos; lo que teníamos Jaime y yo era más, y era distinto. Nunca había necesitado decirlo, hasta que me desperté aquella noche, abrí los ojos y me encontré con los de Jaime, muy cerca de los míos, muy abiertos. —A él le quieres más —me dijo. —No —contesté, sin pensar en lo que decía.

Esto no va a acabar bien, pensé, pero Jaime me miraba con una angustia que nunca había visto en sus ojos, y entonces estuve segura. —Te quiero más a ti —le dije, pero no se lo digas nunca.

Se levantó, llevándome en brazos, hasta la terraza. Aquella iba a ser nuestra primera vez, después de tantas veces. Nunca podré olvidarlo. Esto va a acabar muy mal, pensé antes de dormirme, pegada a Jaime.

Cuando abrí los ojos, vi a Marcos, de pie, con el bañador puesto y los brazos cruzados, mirándonos.

Jaime y yo estábamos desnudos, y éramos culpables.

La culpa era fría y húmeda, y ya presentía que esta vez todo sería distinto, más peligroso, más grave.

Yo seguía queriéndolos como si fueran uno solo, como si fueran más que dos, los dos únicos hombres de la Tierra.

El secreto de aquella noche actuó como un bisturí capaz de rasgar mi vida por la mitad, de partirme en dos mujeres a las que cada vez les costaría más trabajo aparentar que eran una sola. Les quería a los dos, pero estaba enamorada de Jaime y lo sabía, y sabía también que no podía ser, que sin Marcos nunca sería.

Nos empeñábamos en prolongar a cualquier precio la vida de aquel trío que cada día lo era menos y más un triángulo, una figura irregular, descompensada y frágil, más sencilla, más corriente, pero mucho más difícil a la vez.

Marcos había cambiado. Lo comprendí el día que volvió a pintar, y ya nunca pudimos trabajar al mismo ritmo. Siempre había sabido que era el mejor de los tres, el mejor de toda la facultad.

Sucedió muy deprisa y nos separó para siempre. Jaime seguía siendo un dibujante extraordinario. Yo seguía pintando cuadros inquietantes. Él se había convertido en un pintor de verdad. Marcos Molina Schulz, algo único.

Aquella noche, no volvió a casa. Jaime y yo dormimos juntos, abrazados, agotados, después de follar como si el mundo se fuera a acabar al día siguiente. Y el mundo se acabó a las nueve de la mañana. Cuando abrí los ojos. Marcos estaba sentado en el borde de la cama, con una bolsa de plástico entre las manos, mirándonos.

—Tenemos que hablar —nos dijo—. Lo sé todo. Desde el principio, desde la mañana de la playa. Quiero haceros una oferta.

4 La muerte

Pero el tres no ha sido nunca un número.

El día de su entierro me vestí de negro. Necesitaba llevar luto por Marcos.

Desde que murió, tengo veinte años todos los días, en algún momento de todos los días. Desde que murió, todos los días comprendo que el resto de mi vida ha pasado en vano, que no ha vuelto a sucederme nada, que no he sabido hacer ninguna cosa bien sin ellos. Ésa ha sido su herencia, tal vez su venganza.

—Quiero haceros una oferta, pero no hace falta que me contestéis ahora.

Abrió la bolsa que traía y sacó una pistola que depositó encima de la sábana con mucho cuidado,—Está descargada —dijo entonces

-Yo no tenía ganas de nada hasta que os conocí. Y me enamoré de vosotros dos. De Jose desde luego, pero también de vosotros, de nosotros, de lo que somos los tres juntos.

—Por eso... Creo que deberíamos vivir juntos, por lo menos intentarlo, ver cómo funciona...

Nosotros le necesitábamos a él tanto como él a nosotros, porque esa felicidad era igual de importante para los tres.

-A lo mejor os estoy dando la única posibilidad que vais a tener para seguir estando juntos. Puede que nunca logréis estar juntos y bien sin mí.

Jaime se levantó, se vistió y se marchó.,

Marcos cogió la pistola y se fue, y un escalofrío atravesó mi espalda.

Más tarde Jaime volvió y dijo que se iba—¿Adónde? —A mi puto pueblo. A hablar en valenciano, a comer paella, a follar con suecas y a no pensar en nada más.

Así terminó todo. Todo terminó en aquel momento, el arte, el sexo, el amor, la alegría.

Tiempo después Marcos me dijo que sabía que Jaime no estaba bien. - está viviendo con una tía de treinta y cinco años, forrada de dinero. Se ha metido en una historia de la que no puede salir, pero ...

No esperé a que terminara la frase, tampoco cerré la puerta, y por eso pude escucharle mientras me iba. —No te vayas, Jose. Por favor, no te vayas...

Yo también intenté encontrar un camino.

La primera vez que me acosté con un hombre que no era Marcos, que no era Jaime, me sorprendió que su cuerpo fuera tan simple, que tuviera solamente dos brazos, dos piernas, dos manos, una boca y ninguna sombra detrás, ninguna culpa acechándole, ningún fantasma detrás de la puerta. Descubrí que el sexo podía ser sano, limpio, libre,

adulto, maduro, razonable, trivial, eso fue lo peor, pero también me acostumbré a esa pobreza.

En el velatorio, Jaime vino hacia mí. Estaba más delgado, tenía muchas canas y una expresión amarga en la boca, pero cuando llegó a mi lado y me abrazó, mis brazos reconocieron sus brazos, un calor que nunca podría apagarse, y me aferré a él como si todavía tuviéramos veinte años.

—¿Dónde está? Sólo así volvimos a estar juntos los tres, Jaime y yo vivos, solos. Marcos solo, muerto. Una soledad irremediable nos unía, nos mantendría solos y unidos para siempre.

Hasta que aquellos hombres se llevaron a Marcos, y nos dejaron un poco más solos, tan solos como estábamos. Nos subimos a mi auto.

—Da la vuelta, vámonos de aquí. Dijo Jaime, - No quiero ver cómo lo entierran, no quiero poner flores encima de su tumba, no quiero echar tierra sobre su ataúd, no quiero acordarme... No terminó la frase, no hacía falta

—Vámonos, —insistió—. A él ya le da igual. Yo soy el más culpable de los tres, pero vosotros también os equivocasteis, ¿no? Al final, no supimos hacer nada bien. Y todos hemos pagado por eso, todos hemos perdido... Además, si Marcos está en alguna parte, tiene que saber que se ha salido con la suya. Nunca lograremos quitárnoslo de encima. Tenía razón, recordé a tiempo que solía tenerla. Salimos del cementerio muy deprisa. — ¿Adónde vamos? —pregunté después,

—. ¿Al Burger King? Él se rió, yo me reí, y supongo que Marcos, desde el asiento de atrás, se rió también. Había pasado mucho tiempo, pero a ninguno de los tres se nos había olvidado que Jaime y yo, solos, no llegaríamos nunca a ninguna parte.

...

Puntuació de la presentació de Beatriz Tarsia

A cargo de Enrique Millán

Una primera cuestión que quiero comentar es que las historias de tres y de cuatro aunque son frecuentes padecen un particular trato a nivel social.

No me refiero a relaciones ocasionales o circunstanciales, sino a aquellas en las que hay una historia de amor, de duración en el tiempo o de convivencia. A diferencia de lo que

ocurría con la homosexualidad que era reprimida, marginada etc., estas historias parecieran no ser vistas. Como ocurre en la novela se ve al tercero como amigo o amiga de la pareja. Pareciera algo más cercano a la forclusión, a algo que no se ve, a algo que realmente podría ser subversivo para el orden capitalista.

Subrayo aquí unos párrafos del texto de Beatriz, que me parece que pueden orientar una discusión.

Una sola persona, un solo sujeto

Marcos, Jaime y yo fumábamos, bebíamos, nos reíamos, y al hacerlo, era como si estuviéramos aprendiendo a compartir algo, como si los tres aceptáramos al mismo tiempo un lazo mutuo, profundo e invisible que nos convertía al mismo tiempo en víctimas y deudores de una particular cualidad de la armonía, una sola persona con tres cuerpos, tres cabezas, tres pares de brazos y de piernas.

—

El amor no soporta la culpa

Después, intenté sentirme culpable pero no lo conseguí.

El tres impensable para el dos

Tú eres lo mejor de todo, Jose... —lo más importante. Porque me gustas mucho, pero sin él de por medio nunca te habrías acostado conmigo. —Eso no lo sabes —protesté. —Sí que lo sé, hace muchos años que lo sé.

El tres no era sólo un número, también era un nombre, y estábamos aprendiendo a pronunciarlo, a domar sus aristas, a corregir su acento, a dudar de su fama, su condición impar.

Seguían siendo dos personas distintas y habían empezado a ser una sola persona al mismo tiempo, un amante memorable, el más impotente y el más feroz, el más brusco y el más dulce, el más divertido y el más silencioso, el más intenso siempre de cuantos había conocido.

El amor y lo serio

Cuando se acabó el curso, aquélla era ya la primera y la única historia seria, intensa, verdadera, que yo había tenido en mi vida.

El amor y el trabajo

Los tres éramos muy felices, y a nadie le ha costado menos trabajo vivir que a nosotros entonces, cuando estábamos juntos, y juntos éramos alegría.

El amor y la deuda por lo que se recibe

La ecuación perfecta de nuestros cuerpos impares, que era fragilísima y era sólida como una roca, nos había dado más de lo que habíamos tenido nunca, y eso también lo sabíamos los tres

El amor y el deseo

Yo no tenía ganas de nada hasta que os conocí, a ti primero, Jaime, y después a ti, Jose. Y me enamoré de vosotros dos. De Jose desde luego, pero también de vosotros, de nosotros, de lo que somos los tres juntos.

Felicidad clandestina. Clarice Lispector.

Mirta Garibotti

Ella era gorda, baja, pecosa y de cabello excesivamente crespo, medio pelirrojo. Tenía un busto enorme, mientras que todas nosotras todavía éramos chatas. Por si eso fuera poco, llenaba los bolsillos de la blusa, por encima del busto, con caramelos. Pero tenía lo que a cualquier niño devorador de historias le gustaría tener: un padre librero.

Lo aprovechaba poco. Y nosotras, menos todavía: hasta para los cumpleaños, en vez de aunque más no sea un librito barato, nos entregaba en mano una tarjeta postal de la tienda del padre. Y encima era de un paisaje de Recife, donde residíamos, con sus

puentes vistos hasta el cansancio. Atrás, escribía con letra redondísima palabras como “fecha del natalicio” y “saudade”.

Pero qué talento tenía para la crueldad. Toda ella era pura venganza, chupando ruidosamente los caramelos. Cómo debía odiarnos esa chica, a nosotras, que éramos imperdonablemente bonitas, esbeltas, altas, de cabellos sueltos. Conmigo ejerció su sadismo con serena ferocidad. En mi ansia de leer, yo ni siquiera notaba las humillaciones a las que me sometía: seguía implorándole que me prestara los libros que ella no leía.

Hasta que llegó para ella el magno día de comenzar a ejercer sobre mí una tortura china. Como por casualidad, me informó que poseía *Las Travesuras de Naricita*, de Monteiro Lobato.

Era un libro gordo, Dios mío, era un libro para vivir con él, comiéndolo y haciéndolo dormir. Y absolutamente por encima de mis posibilidades. Me dijo que pasara por su casa al día siguiente y que me lo prestaría.

Hasta el día siguiente me transformé en la esperanza misma de la alegría: no vivía, nadaba despacio en un mar suave, las olas me llevaban y me traían.

Al día siguiente fui a su casa, literalmente corriendo. Ella no vivía en una casa de altos como yo, sino en una casa. No me invitó a pasar. Mirándome a los ojos, me dijo que le había prestado el libro a otra niña y que regresara a buscarlo al día siguiente. Boquiabierta, salí despacio, pero enseguida tuve un arrebatado de esperanza y volví a andar por la calle a los saltos, que era mi extraño modo de andar por las calles de Recife. Esa vez no me caí: me guiaba la promesa del libro, al día siguiente llegaría, los días siguientes serían luego mi vida entera, el amor por el mundo me esperaba, anduve saltando por las calles como siempre y no me caí ni una sola vez.

Pero el asunto no terminó allí. El plan secreto de la hija del librero era tranquilo y diabólico. Al día siguiente, allá estaba yo en la puerta de su casa, con una sonrisa y el corazón latiendo fuerte. Para escuchar la tranquila respuesta: que el libro todavía no estaba en su poder, que volviera al día siguiente. Entonces yo no sabía que más tarde, en el transcurso de la vida, aquel drama del “día siguiente” con ella se repetiría, con mi corazón latiendo fuerte.

Y continuó así. ¿Cuánto tiempo? No lo sé. Ella sabía que era un tiempo indefinido, mientras no eliminara toda la hiel de su gordo cuerpo. Yo ya empezaba a adivinar que me había elegido para hacerme sufrir; a veces adivino. Pero, aun adivinando, a veces acepto: como si el que quiere hacerme sufrir necesitara desesperadamente que yo sufra.

¿Cuánto tiempo? Yo iba todos los días a su casa, sin faltar uno solo. A veces me decía: tuve el libro ayer a la tarde, pero viniste a la mañana, de modo que se lo presté a otra niña. Y yo, que no era propensa a las ojeras, las sentía hundirse bajo mis ojos espantados.

Hasta que un día, cuando estaba en la puerta de su casa oyendo, humilde y silenciosa, su negativa, apareció su madre. Debía resultarle extraña la aparición muda y cotidiana de aquella niña en la puerta de su casa. Nos pidió explicaciones a las dos. Hubo una confusión silenciosa, entrecortada, de palabras poco esclarecedoras. A la señora le parecía cada vez más extraño el hecho de no entender qué pasaba. Hasta que esa buena madre entendió. Se volvió hacia la hija y con enorme sorpresa exclamó: “¡pero si ese libro nunca salió de esta casa y tú ni siquiera quisiste leerlo!”.

Y lo peor para esa mujer no era descubrir lo que ocurría. Debía ser descubrir, con horror, qué clase de hija tenía. Ella nos espiaba en silencio: la potencia de perversidad de su hija desconocida y la niña rubia parada en la puerta, exhausta, al viento de las calles de Recife. Fue entonces que, recomponiéndose por fin, le dijo firme y calma a su hija: “vas a prestarle el libro ahora mismo”. Y a mí: “y tú vas a quedártelo todo el tiempo que quieras”. ¿Se dan cuenta? Eso valía mucho más que darme el libro: “por el tiempo que yo quisiera” es todo lo que una persona, grande o pequeña, puede tener la osadía de querer.

¿Cómo contar lo que ocurrió después? Yo estaba aturdida, y así recibí el libro en mis manos. Creo que no dije nada. Tomé el libro. No, no salí saltando como siempre. Salí caminando bien despacio. Sé que sostenía el libro gordo con las dos manos, apretándolo contra el pecho. Cuánto tiempo tardé en llegar a casa, poco importa. Mi pecho estaba caliente, mi corazón pensativo.

Cuando llegué a casa no me puse a leer. Fingía que no tenía el libro, sólo para después tener el sobresalto de tenerlo. Horas después lo abrí, leí algunas frases maravillosas, lo cerré de nuevo, me puse a dar vueltas por la casa, demoré todavía más yendo a comer pan con manteca, fingía que no sabía dónde había guardado el libro, lo encontraba, lo

abría durante unos segundos. Creaba las más falsas dificultades para aquella cosa clandestina que era la felicidad. La felicidad siempre iba a ser clandestina para mí. Parece que ya lo presentía. ¡Cuánto tardé! Vivía en el aire... Había orgullo y pudor en mí. Yo era una reina delicada.

A veces me sentaba en la hamaca, meciéndome con el libro abierto en el regazo, sin tocarlo, en un éxtasis purísimo.

Ya no era una niña con un libro: era una mujer con su amante.

Puntuación de la presentación de M. Garibotti

A cargo de Viviana Berarducci

Se propone dar a discusión el tema de la demanda.

En el cuento intervienen dos niñas de edad escolar y la madre de una de ellas. No conocemos sus nombres, sino algunas características. Las llamaremos la pelirroja y la rubia.

La pelirroja ofrece algo sabiendo que no es eso. Te pido que rechaces lo que te ofrezco porque no es eso. Yo sé que querés el objeto "a", pero te ofrezco algo en su reemplazo. Te voy a dar el libro.

Retiene el libro. Dice que lo prestó. Lo promete cada vez. No se trata de una postergación obsesiva ni de una seducción histérica. Sino que hay un goce de lo que supone que le pasa a la otra niña con este juego (plan cruel, sadismo, maldad). Hay un goce de lo que supone que la otra sufre con este plan.

La rubia le pide el libro que la pelirroja no lee. No parece sufrir tanto, espera, persevera, vuelve a ir a buscarlo. Parece creerle a la pelirroja que se lo va a dar.

Una vez que la madre pone la ley, que administra siempre el goce de las cosas, cuando la rubia tiene el libro no lo usa, no lo lee, pero goza: lo esconde, lo abraza.

Podríamos pensar que no es eso lo que quería, ni lo que ahora tiene, lo mimaba, lo posterga, lo abre, lo cierra.

Se ve confrontada con el deseo, la madre le dice que puede conservarlo cuanto quiera (lo querés, lo tenés y el tiempo que quieras). ¿Y ahora?.

No sabe qué hacer con lo que le dieron.

Se confronta con el problema del deseo, lo leo ahora, lo leo después.

El goce es clandestino (oculto) ya que no se puede transmitir con palabras, no se puede decir nada. El goce es tenerlo, abrazarlo.

El amor como motor que mueve al mundo

Miriam Bruk

Otra vez en el avión...la repetición hace de las suyas. Esta es la repetición de lo cotidiano, de lo que es costumbre en su vida. Y cuando está sentado esperando el despegue, se abre un espacio, ese entre dos, donde aparece lo que aparece. El entre dos tierras, estar en el aire, momento en suspenso, tiempo donde parece que el tiempo no pasa, una suerte de atemporalidad donde la subjetividad hace su entrada. Aparecen las asociaciones, confesiones y recuerdos (como si fuera una sesión).

De qué se agarra cuando tiene que agarrarse de algo...ese algo que lo sostiene en sus viajes... ¿qué te llevás en tu valija cuando viajas? qué es lo que no te puede faltar cuando te vas?...Lacan dice que el objeto Transicional descubierto por Winnicott (Subversión del sujeto), es el objeto que se sitúa en la separación, dice que la investidura del objeto permite liberarse de la sujeción al Otro, con la inmediata ganancia de placer, obtenida sobre la angustia. Este objeto precursor del objeto a (tb. Condensador de goce).

Estos objetos que elige, justamente son con los que se hace algo con nada, con los que se entorna algo, de los que puede surgir algo... lapicera, costurero con retazos, una colección de agujas, cuadernos con desnudos, libros para regalar... un saco, algo de vestidura también.

Los amantes "...boca con boca, los labios tocándose, piernas en roces, entrelazadas, tan cerca...". El amor aspira a la fusión, al Uno de la fusión y el goce no. Uno goza solo. Para Freud primero está el autoerotismo (producción de placer a partir del propio cuerpo), más tarde se fusionó con una representación de deseo que viene del campo del amor. O como el amor se introduce en el campo de la pulsión. De lo auto a lo heteroerótico. (Cuando aparece la zona erógena, se engendra la pulsión a partir de un borde, el trayecto implica contornear el objeto y en ese contorneo se liga al Otro. (ref. Freud, los labios besándose a sí mismos)).

Dice Lacan; "...en el acoplamiento el sujeto no puede poseer realmente el cuerpo que lo abraza, no sabe los límites del goce posible, quiero decir, de aquello que podría tener el cuerpo del otro, pues esos límites son inciertos..."(Sem. 14 clase del 1/3/67).

El Primer Ministro de China "...trozando con mi cuchillo, un pedazo de lomo...mirándonos a los ojos". Una banda de Moebius donde no sabemos dónde empieza un cuerpo y donde termina.

El recorrido de la pulsión nos muestra a las claras que se trata de recortes, viaje, tour en rededor de algún objeto... esta vez, la mirada.

Lacan en el Seminario 20, plantea el hiato entre el amor y el goce. Estos están separados y son heterogéneos...a veces se conjugan alrededor de ciertos objetos, a veces hay encuentros.

En el amor se establece una relación entre dos sujetos, dos hablantes, dos inconscientes.

Pero en la medida en que por él algo se goza en la relación sexual, es objeto a.

Entonces nos encontramos con la conjunción en el mismo lugar del objeto causa de deseo y plus de gozar. Por supuesto hace falta la interposición del fantasma. Como se anudaría si no al objeto de goce si no contáramos con la envoltura imaginaria.

Un recuerdo de otro viaje, en tren, otro amor... una francesa. Sin hablar y la sensación de un encuentro irrepetible, lo único que se repite es la imposibilidad de repetir y el poema que lo interpreta de Idea Vilariño "Ya no...me abrazarás nunca como esa noche".

También en el Sem. 20 Lacan hace una referencia a un texto de Rimbaud, A UNE RAISON (A una razón) y cada versículo termina: UN NOUVEL AMOUR (un nuevo amor). En este, el amor es Signo del que se cambia de razón (dice Lacan) y por eso el poeta se dirige a esa razón. Se cambia de razón, se cambia de discurso. El amor es signo de que se cambia de discurso. (c/v que hay emergencia de discurso analítico se franquea el paso de un discurso a otro).

También el amor es lo que suple la relación sexual.

"Hacer el amor, tal como lo indica el nombre, es poesía". (P. 88 S.20)

La obra de Lacan es una aspiración al discurso del no-todo, casi una dirección de la cura inevitable.

Tiene la posibilidad de amar, como un título en el bolsillo diría Lacan, con lo que le queda de saldo de la operatoria de la metáfora paterna (Falo).

Hay amores.

El amor no se enseña.

Un gesto de amor, un signo y otra vez hay fuego en los pies.

Hay poesía.

“Somos un conjunto de fragmento de pasiones”.

Lugares amados.

Amor esperanza, cuando mete las manos en la harina para hacer pan.

En la sublimación, dice Freud, uno de los posibles avatares de la pulsión, hay satisfacción de la pulsión a pesar de su meta inhibida pero sin represión. “...Ahora no estoy copulando, les estoy hablando y, sin embargo, puedo alcanzar la misma satisfacción que copulando.”(Sem 11 pag. 173).

La obra de Lacan es una aspiración al discurso del no-todo, casi una dirección de la cura inevitable.

María Zambrano (discípula de Ortega y Gasset), Plantea que la vida es lo más opuesto al sentido, es el puro sin-sentido, es oscura o semi-oscura como la verdad, es contingencia, es confusión. Allí ubica el no ser, el lugar que permite la creación.

En Ella existen dos razones: La razón greco-europea (cartesiana), que Lacan adjudica al positivismo lógico, con un criterio de verdad dual que genera la ilusión de objetividad.

Y La razón española o razón poética, que pretende transmitir el misterio y que no se puede decir todo de nada. (Incesante y Fatal pag. 507).

Ser ese fragmento, no por pereza o desinterés son tan solo mis años que me han hecho esto que soy. No todo, algo, fragmento. En ti más que Tu? Más allá de la Identificación Idealizante, está el a. Y el deseo del analista es obtener la diferencia absoluta. “Solo allí puede surgir la significación de un amor sin límites, por estar por fuera de los límites de la ley, único lugar donde puede vivir” (pag. 248).

Más allá de las encarnaciones del amor, existe el amor.

Enrique Millán plantea en su libro Incesante y fatal una posición subjetiva que puede concebirse como un despliegue de la lógica del no-todo.

Este es un relato que nos permite pensar la alienación fundamental distinto del planteo de Lacan entre el ser y el pensar, sino entre el ser y el amar. Esto no supone reemplazar la alienación cartesiana por otra sino que habría otras formas de alienación.

El amor... entre fuegos de artificios.

Natalia Schaposnik

No sé si enamorarme o hacerme un sándwich, la idea es sentir algo en el estómago.

Mafalda. Quino.

Les propongo un breve pasaje por la novela *El Pasado*, de Alan Pauls, una historia de amores y desamores, de encuentros y desencuentros, de pasiones.

Por qué elijo hablar desde la literatura, me pregunto, porque uso palabras de otro, por qué el arte. Me respondo con palabras de Octavio Paz, quién dice; “Cada lector busca algo en el poema. Y no es insólito que lo encuentre: ya lo llevaba dentro”.

Lacan a su vez, en el seminario XXIV, dirá “Creo que hay más verdad en el decir que es el arte que en cualquier bla bla bla”.

Un modo de bordear lo indecible, el arte como invención ante la carencia, de creación ante el vacío. ¿Acaso esto no guarda relación con lo que llamamos amor?

(...)

Una vez lo habían contratado para subtitular a toda velocidad una película argentina que pretendía competir en un festival de cine europeo. Estuvo casi dos días sin dormir, absorto frente a un par de monitores de video, delectándose a una editora de pelo en ve corta y cejas unidas la versión francesa de expresiones como “avisa, che” o “aguantá que es un minuto”. Terminaron intoxicados de café, de cigarrillos, de las golosinas extravagantes que ella salía a comprar en medio de la noche, cuando sólo el ronquido del sereno perturbaba el silencio del estudio. Y a la madrugada, cuando se despidieron en la puerta del estudio, esquivando las oleadas de agua con que una vecina en pantuflas baldeaba la vereda de al lado, riéndose porque al despedirse, sin darse cuenta, habían usado dos de las peores frases de la película, y ella, llamada Maira o Mirna o de algún modo que Rímimi siempre se encargaría de confundir, se apoyó en su antebrazo y lo besó en la comisura de los labios con una suavidad casual, menos con intención que por la torpeza de la hora y

el sueño, Rímini creyó que el corazón literalmente se le *daba vuelta* y tuvo un atisbo leve, misericordioso, de todo lo que podía pasarle si por un momento, como el sereno del estudio, dejaba de vigilar y cedía al cansancio.

Sofía era fuerte. Podía no enterarse de los sobresaltos que cada tanto sufría el corazón de Rímini, pero los intuía y hasta los deseaba, convencida, como todo creyente, de que la fe que abrazaban no merecería ese nombre hasta que sobreviviera intacta, incluso fortalecida, a todos los contratiempos que la pusieran a prueba. No le interesaba saber: siempre ya sabía. Era como si los dieciséis, los veinte, los veinticinco, los veintiocho años, todas las edades con las que Rímini la había conocido fueran sólo las edades oficiales, visibles, de una vida inconmensurable y milenaria –una vida en la que había aprendido a saberlo todo. Así, Rímini era transparente. Sofía veía a través de él como a través de un cristal, o incluso mejor –porque el cristal, resignado a ser una materia inerte, se conformaba con no oponer resistencia, mientras que Rímini, que no podía evitar rebelarse contra esa condena, multiplicaba los fuegos de artificio, las cortinas de humo, las maniobras distractivas, creyendo que así ganaría algo de opacidad. Sofía lo dejaba hacer y festejaba sus trucos en silencio, como números de un malabarismo involuntario. Sabía todo, y es probable que entre todo lo que sabía estuviera el hecho de que había ido a ofrecerle su mejilla a la editora en la puerta del estudio y, un rato después, ya en casa, extenuado, al rechazar la invitación de Sofía a desvestirse y meterse en la cama con ella, como si temiera que Sofía, viéndolo desnudo, pudiera detectar las huellas de la traición que *no* había cometido(...) (*)

(*) Alan Pauls. El Pasado. Editorial Anagrama. Págs 50-51

Puntuación al trabajo “El amor entre fuegos de artificios” de Natalia Schaposnik.

Milagros Vidal Rapela

Saber lo que la pareja va a hacer no es una prueba de amor... dice Lacan al final del seminario XX “aun”...

Sofía cree saberlo todo acerca de Rímini. ¿Qué es lo que “siempre ya sabe”? Dice que sabe que Rímini jamás iría más lejos, en materia de amenazas, de lo que había ido al ofrecerle su mejilla a la editora.

Para Sofía, ese “no ir más lejos”, ¿sería una prueba de amor?

¿De qué amor se trata en este caso? Amor certero, al modo de la fe, que sobrevive intacto, incluso fortalecido, a todos los contratiempos...

El amor ¿es hacerse uno? Dice Lacan que el amor, aunque sea recíproco, es impotente, porque ignora que no es más que el deseo de ser Uno, lo cual nos conduce a la imposibilidad de establecer la relación de ellos...

Para Sofía, Rímini era ilusoriamente transparente, como un objeto cristal. Así es que Rímini intentaba mediante malabares ganar algo de opacidad...

¿De qué trata el deseo de hacerse uno para Sofía? ¿De saberlo “todo” acerca de Rímini?

Sofía intuye los sobresaltos que sufre el corazón de Rímini, incluso los desea.

El deseo es el deseo del Otro y el amor, aunque se trate de una pasión que puede ser la ignorancia del deseo, no por ello es capaz de privarlo de su alcance.

¿Qué desea Sofía? ¿Que haya otra, incluso otras? Mirna, Maira o como se llame...

Pienso si los sobresaltos del corazón de Rímini más que con el amor, tienen que ver con el deseo... ¿de ambos?

El goce –el goce del cuerpo del Otro- sigue siendo pregunta, porque la respuesta que pudiera constituir no es necesaria y hay más. ¿De qué goza Sofía?

Dice Lacan que el goce además de inadecuado –perverso, en tanto que el Otro se reduce al objeto a- es loco, enigmático.

“Sofía lo dejaba hacer y festejaba sus trucos en silencio, como números de un malabarismo involuntario...” Sofía sabía que Rímini no la traicionaría. Me pregunto de qué traición se trata... ¿A quién se hubiera traicionado? ¿A Sofía, a su fantasma, a su modo de gozar?

De la pareja, el amor sólo puede realizar lo que se llama valentía ante fatal destino...

Negada al amor

Extractos de la novela *Cien años de soledad* de G. García Márquez

Victoria Vilas

El nacimiento de Amaranta Buendía y sus primeros meses fueron signados por la huida de José Arcadio, su hermano mayor, ante la novedad del sexo y la paternidad. Y, tras él, la estampida de Úrsula, su madre.

Tiempo después, llegó Rebeca. Nunca llegaron a dilucidar de dónde venía ni qué relación tenía con la familia.

Úrsula, (...) *“Tan ocupada (...) en sus prósperas empresas, (...) una tarde miró por distracción hacia el patio (...) y vio dos adolescentes desconocidas y hermosas bordando en bastidor a la luz del crepúsculo. Eran Rebeca y Amaranta.”* (...) El deseo de procurar a las muchachas un lugar digno donde recibir visitas motivo la construcción de una nueva casa que se vistió con delicados y costosos objetos, entre ellos una pianola. Pietro Crespi fue el experto encargado de instruir *“(...) a los compradores en su manejo y enseñar a bailar a las jóvenes la música de moda impresa en seis rollos de papel.”*

“Pietro Crespi era joven y rubio, el hombre más hermoso y mejor educado que se había visto en Macondo.” (...) *Era en extremo afectuoso, y de índole tan honrada, que Úrsula renunció a la vigilancia.* (...) Finalizada su tarea *“se despidió con un discursito sentimental y prometió volver muy pronto. Rebeca lo acompañó hasta la puerta, y luego de haber cerrado la casa y apagado las lámparas, se fue a su cuarto a llorar. Fue un llanto inconsolable que se prolongó por varios días, y cuya causa no conoció ni siquiera Amaranta.”*

“Una tarde, sin ningún motivo, Amparo Moscote pidió permiso para conocer la casa. (...) aprovechó un descuido de Amaranta y le entregó una carta a Rebeca.”

“Rebeca esperaba el amor a las cuatro de la tarde (...) una vez la mula del correo no llegó en la fecha prevista. Loca de desesperación, (...) se levantó a medianoche y comió puñados de tierra en el jardín, con una avidez suicida, llorando de dolor y de furia (...) Se hundió en un estado de postración febril, perdió la conciencia, y su corazón se abrió en un delirio sin pudor. Úrsula, escandalizada, forzó la cerradura del baúl, y encontró en el fondo, atadas con cintas color de rosa, las dieciséis cartas perfumadas (...)”

“Al descubrir la pasión de Rebeca (...) Amaranta sufrió un acceso de calenturas. También ella padecía la espina de un amor solitario. Encerrada en el baño se desahogaba del tormento de una pasión sin esperanzas escribiendo cartas febriles que se conformaba con esconder en el fondo del baúl.”

*“Rebeca, que era la correspondida, se casaría con Pietro Crespi. (...) Amaranta fingió aceptar la decisión y poco a poco se restableció de las calenturas, pero se prometió a sí misma que Rebeca se casaría solamente pasando por encima de **su cadáver**.”*

(...) Fue así como el viaje de Amaranta (...) se arregló en menos de una semana. Amaranta no opuso resistencia, pero cuando le dio a Rebeca el beso de despedida, le susurró al oído:

*—No te hagas ilusiones. Aunque me lleven al fin del mundo encontraré la manera de impedir que te cases, así **tenga que matarte**”.*

La boda habría de postergarse más de una vez hasta deshacerse definitivamente. A pesar de las triquiñuelas que Amaranta fue pergeñando el día llegó. Durante largos meses había temblado de pavor esperando aquella hora, porque si no concebía el obstáculo definitivo para la boda de Rebeca, estaba segura de que (...) tendría valor para envenenarla. Esa tarde (...) decidió con espantosa frialdad que la fecha sería el último viernes antes de la boda, y el modo sería un chorro de láudano en el café.

Un obstáculo mayor, tan insalvable como imprevisto, obligó a un nuevo e indefinido aplazamiento. Una semana antes de la fecha fijada para la boda, la pequeña Remedios (...) murió (...) envenenada por su propia sangre con un par de gemelos atravesados en el vientre. Amaranta sufrió una crisis de conciencia. Había suplicado a Dios con tanto fervor que algo pavoroso ocurriera para no tener que envenenar a Rebeca, que se sintió culpable por la muerte de Remedios.”

Tiempo después de la tragedia y con el noviazgo ya enmohecido, el regreso de José Arcadio conmovió nuevamente a la familia. La presencia del recién llegado causó el rechazo de todos menos el de Rebeca, “(...) quien sucumbió al primer impacto. La tarde en que lo vio pasar frente a su dormitorio pensó que Pietro Crespi era un currutaco de alfeñique junto a aquel protomacho cuya respiración volcánica se percibía en toda la casa.” Sin vueltas y ante el horror de Úrsula los jóvenes amantes se casaron y fueron expulsados de la familia.

(...) “Amaranta (...) no logró superar jamás su rencor contra Rebeca, aunque la vida le ofreció una satisfacción con que no había soñado: por iniciativa de Úrsula (...) Pietro Crespi siguió almorzando los martes en la casa (...) “Amaranta lo atendía con una cariñosa diligencia. (...) Para Pietro Crespi, aquella mujer que siempre

consideró y trató como una niña, fue una revelación. Aunque su tipo carecía de gracia, tenía una rara sensibilidad para apreciar las cosas del mundo, y una ternura secreta. Un martes, cuando nadie dudaba de que tarde o temprano tenía que ocurrir, Pietro Crespi le pidió que se casara con él. Ella no interrumpió su labor. Esperó a que pasara el caliente rubor de sus orejas e imprimió a su voz un sereno énfasis de madurez. “—Por supuesto, Crespi —dijo—, pero cuando uno se conozca mejor. Nunca es bueno precipitar las cosas.”

(...) “Todo hacía pensar que Amaranta se orientaba hacia una felicidad sin tropiezos. Pero al contrario de Rebeca, ella no revelaba la menor ansiedad. Con la misma paciencia con que abigarraba manteles y tejía primores de pasamanería (...), esperó a que Pietro Crespi no soportara más las urgencias del corazón. Su hora llegó (...) «No soporto más esta espera», le dijo. «Nos casamos el mes entrante». Amaranta no tembló al contacto de sus manos de hielo. Retiró la suya, como un animalito escurridizo, y volvió a su labor.

—No seas ingenuo, Crespi —sonrió—, ni muerta me casaré contigo.

Pietro Crespi perdió el dominio de sí mismo. Lloró sin pudor (...) pero no logró quebrantarla. (...) Úrsula creyó enloquecer de vergüenza. Él agotó los recursos de la súplica. Llegó a increíbles extremos de humillación. (...) El dos de noviembre (...) su hermano abrió el almacén y encontró todas las lámparas encendidas y todas las cajas musicales destapadas y todos los relojes trabados en una hora interminable, y en medio de aquel concierto disparatado encontró a Pietro Crespi (...) con las muñecas cortadas a navaja y las dos manos metidas en una palangana de benjuí. Úrsula dispuso que se le velara en la casa.” (...) “Amaranta no abandonó el dormitorio. Oyó desde su cama el llanto de Úrsula, los pasos y murmullos de la multitud que invadió la casa (...) y luego un hondo silencio oloroso a flores pisoteadas. Durante mucho tiempo siguió sintiendo el hálito de lavanda de Pietro Crespi al atardecer, pero tuvo fuerzas para no sucumbir al delirio. Úrsula la abandonó. Ni siquiera levantó los ojos para apiadarse de ella, la tarde en que Amaranta entró en la cocina y puso la mano en las brasas del fogón, hasta que le dolió tanto que no sintió más dolor, sino la pestilencia de su propia carne chamuscada. (...) y cuando sanaron las quemaduras pareció como si (se) hubieran cicatrizado también las úlceras de su corazón. La única huella externa que le dejó la tragedia fue la venda de gasa negra que se puso en la mano quemada, y que había de llevar hasta la muerte.”

En una visita a la cárcel Gerinaldo Márquez, amigo de la infancia, le dijo «Cuando salga de aquí me casaré contigo». Amaranta se rió, pero siguió pensando en él (...) y deseó revivir para él su pasión juvenil por Pietro Crespi. (...) Con una ansiedad que llegó a ser intolerable esperó los días de almuerzo, las tardes de damas chinas, y el tiempo se le iba volando en compañía de aquel guerrero de nombre nostálgico (...) Pero el día en que el coronel Gerinaldo Márquez le reiteró su voluntad de casarse, ella lo rechazó. (...) Encerrada en el dormitorio, mordiendo un llanto secreto, Amaranta se metía los dedos en los oídos para no escuchar la voz del pretendiente (...) y a pesar de que se moría por verlo, tuvo fuerzas para no salir a su encuentro.”

“El tiempo, las guerras, los incontables desastres cotidianos habían hecho a Úrsula olvidarse de Rebeca. La única que no había perdido un solo instante la conciencia de que estaba viva, pudriéndose en su sopa de larvas, era la implacable y envejecida Amaranta. Pensaba en ella al amanecer, cuando el hielo del corazón la despertaba en la cama solitaria, y pensaba en ella cuando se jabonaba los senos marchitos y el vientre macilento, y cuando se ponía los blancos pollerines y corpiños de olán de la vejez, y cuando se cambiaba en la mano la venda negra de la terrible expiación. Siempre, a toda hora, dormida y despierta, en los instantes más sublimes y en los más abyectos, Amaranta pensaba en Rebeca.”

Nadie conoció su pensamiento desde la tarde en que rechazó definitivamente al coronel Gerinaldo Márquez y se encerró a llorar. Cuando salió, había agotado todas sus lágrimas. (...) Había llegado a la vejez con todas sus nostalgias vivas. Cuando escuchaba los valeses de Pietro Crespi sentía los mismos deseos de llorar que tuvo en la adolescencia, como si el tiempo y los escarmientos no sirvieran de nada. Había tratado de hundirlos en la pasión pantanosa que se permitió con su sobrino Aureliano José, y había tratado de refugiarse en la protección serena y viril del coronel Gerinaldo Márquez, pero no había conseguido derrotarlos ni con el acto más desesperado de su vejez, cuando bañaba al pequeño José Arcadio (...) y lo acariciaba no como podía hacerlo una abuela con un nieto, sino como lo hubiera hecho una mujer con un hombre, como se contaba que lo hacían las matronas francesas, y como ella quiso hacerlo con Pietro Crespi, a los doce, los catorce años (...) A veces le dolía haber dejado a su paso aquel reguero de miseria, y a veces le

daba tanta rabia que se pinchaba los dedos con las agujas, pero más le dolía y más rabia le daba y más la amargaba el fragante y agusanado guayabal de amor que iba arrastrando hacia la muerte. (...) Lo único que le rogó a Dios durante muchos años fue que no le mandara el castigo de morir antes que Rebeca. Una tarde, cuando cosía en el corredor, la asaltó la certidumbre de que ella estaría sentada en ese lugar, en esa misma posición y bajo esa misma luz, cuando le llevaran la noticia de la muerte de Rebeca. Se sentó a esperarla, como quien espera una carta. (...) Nadie se dio cuenta en la casa de que Amaranta tejió entonces una preciosa mortaja para Rebeca. (...) Había decidido restaurar el cadáver de Rebeca (...) Fabricaría un cadáver hermoso, con la mortaja de lino y un ataúd forrado de peluche con vueltas de púrpura, y lo pondría a disposición de los gusanos en unos funerales espléndidos. Elaboró el plan con tanto odio que la estremeció la idea de que lo habría hecho de igual modo si hubiera sido con amor, pero no se dejó aturdir por la confusión, sino que siguió perfeccionando los detalles tan minuciosamente que llegó a ser, más que una especialista, una virtuosa en los ritos de la muerte. Lo único que no tuvo en cuenta en su plan tremendista fue que, a pesar de sus súplicas a Dios, ella podía morir primero (...) Así ocurrió, en efecto. Pero en el instante final Amaranta no se sintió frustrada, sino por el contrario liberada de toda amargura, porque la muerte le deparó el privilegio de anunciarse con varios años de anticipación. La vio un mediodía ardiente, cosiendo con ella en el corredor (...) La reconoció en el acto, y no había nada pavoroso (...) porque era una mujer vestida de azul con el cabello largo, de aspecto un poco anticuado (...) era tan real, tan humana, que en alguna ocasión le pidió a Amaranta el favor de que le ensartara una aguja. La muerte no le dijo cuándo se iba a morir ni si su hora estaba señalada antes que la de Rebeca, sino que le ordenó empezar a tejer su propia mortaja (...) La autorizó para que la hiciera tan complicada y primorosa como ella quisiera, pero tan honradamente como hizo la de Rebeca, y le advirtió que había de morir sin dolor, ni miedo, ni amargura, al anochecer del día en que la terminara. Tratando de perder la mayor cantidad posible de tiempo, lo hizo con tanto cuidado que solamente esa labor le llevó cuatro años. Luego inició el bordado. A medida que se aproximaba el término ineludible, iba comprendiendo que sólo un milagro le permitiría prolongar el trabajo más allá de la muerte de Rebeca, pero la misma concentración le proporcionó la calma que le hacía falta para aceptar la idea de una frustración. (...)Le dolió no haber tenido aquella revelación muchos años antes, cuando aún

fuera posible purificar los recuerdos y reconstruir el universo bajo una luz nueva, y evocar sin estremecerse el olor de espliego de Pietro Crespi al atardecer, y rescatar a Rebeca de su salsa de miseria, no por odio ni por amor, sino por la comprensión sin medidas de la soledad. (...) Su único objetivo fue terminar la mortaja y apresuró su labor. Una semana antes calculó que daría la última puntada en la noche del cuatro de febrero (...) y anunció sin el menor dramatismo que moriría al atardecer. No sólo previno a la familia, sino a toda la población, porque Amaranta se había hecho a la idea de que se podía reparar una vida de mezquindad con un último favor al mundo, y pensó que ninguno era mejor que llevarles cartas a los muertos.

La noticia de que Amaranta Buendía zarpaba al crepúsculo llevando el correo de la muerte se divulgó en Macondo antes del mediodía, y a las tres de la tarde había en la sala un cajón lleno de cartas. Quienes no quisieron escribir le dieron a Amaranta recados verbales que ella anotó en una libreta con el nombre y la fecha de muerte del destinatario. (...)En la mañana había llamado a un carpintero que le tomó las medidas para el ataúd, de pie, en la sala, como si fueran para un vestido. (...)Entonces Amaranta se acostó, y obligó a Úrsula a dar testimonio público de su virginidad. (...) No se volvió a levantar. Recostada en almohadones, como si de veras estuviera enferma, tejió sus largas trenzas y se las enrolló sobre las orejas, como la muerte le había dicho que debía estar en el ataúd. Luego le pidió a Úrsula un espejo, y por primera vez en más de cuarenta años vio su rostro devastado por la edad y el martirio, y se sorprendió de cuánto se parecía a la imagen mental que tenía de sí misma. Úrsula comprendió por el silencio de la alcoba que había empezado a oscurecer.”

Esa hija (...) cuya dureza de corazón la espantaba, cuya concentrada amargura la amargaba, se le esclareció en el último examen como la mujer más tierna que había existido jamás, y comprendió con una lastimosa clarividencia que las injustas torturas a que había sometido a Pietro Crespi no eran dictadas por una voluntad de venganza, como todo el mundo creía, ni el lento martirio con que frustró la vida del coronel Gerineldo Márquez había sido determinado por la mala hiel de su amargura, como todo el mundo creía, sino que ambas acciones habían sido una lucha a muerte entre un amor sin medidas y una cobardía invencible, y había triunfado finalmente el miedo irracional que Amaranta le tuvo siempre a su propio y atormentado corazón.”

Amaranta Buen día: Negada al amor. Puntuación de la presentación de Victoria Vilas
A cargo de Andrea Goldenberg

Úrsula, la madre tan ocupada en sus tareas mira al patio y ve a dos muchachas desconocidas, momento en que es consciente del paso del tiempo.

La adolescencia de las muchachas propicia la construcción de una nueva casa, para recibir visitas.

Aparece en escena Pietro Crespi, para enseñar el manejo de la pianola y el baile. Con él llega el amor y también las cartas de amor, que Rebeca espera y que Amaranta escribe.

Al descubrir la pasión de Rebeca, Amaranta “sufre un acceso de calentura” ¿Qué la calienta? ¿Qué fantasía despierta este descubrimiento? ¿Se trata de amor o de odio?

Rebeca, la correspondida se casará con Pietro Crespi, esto despierta el odio de Amaranta y su deseo de muerte: “encontraré la manera de impedir que te cases, así tenga que matarte”.

Amaranta no supera el rencor contra Rebeca, dice el relato

Rechaza a Pietro Crespi y la culpa por su suicidio la lleva quemarse la mano con brazas, por eso llevará una venda de gasa negra hasta el final de sus días, cómo marca de la tragedia.

También rechaza a Gerinaldo Marquez.

Transcurre su vida negándose al amor, al menos al amor de un hombre.

Úrsula termina olvidando a Rebeca, contrariamente Amaranta la tiene presente, pese al paso del tiempo...

Le ruega a Dios no morir antes que Rebeca, el odio hacia ella la sigue acompañando en los albores de su vejez. Espera la noticia de su muerte y le teje una mortaja. Elabora un plan plagado de odio, estremeciéndose al pensar que lo habría hecho de igual modo con amor, es así que se convierte en una especialista en los ritos de la muerte.

Sin embargo hay algo que no tuvo en cuenta en su macabro plan, podía morirse primero que la odiada Rebeca,

La muerte no le da fecha ni hora de partida, le ordena empezar a tejer su propia mortaja y le anuncia que morirá al concluir esa tarea.

Algo de la conciencia de su destino mortal la pacífica, se siente liberada, quiere entonces reparar una vida de mezquindad con un último favor al mundo, llevarles cartas a los muertos.

Le pide a Úrsula, su madre un espejo y ve su rostro desbastado por la edad y el sufrimiento,

La madre por primera vez la mira con ternura. Esa hija cuya dureza de corazón la espantaba se le esclareció como la mujer más tierna que jamás haya existido. Descubre que el rechazo hacia Pietro Crespi y Gerinaldo Marquez, fue motivado por una lucha muerte entre un amor sin medida y una cobardía invencible, lucha en la cual resultó triunfando el miedo, que Amaranta le tuvo a su propio y atormentado corazón.

